

BOLSEROS DRUGUERA

**S**  
**S**

SERVICIO SECRETO

# ALGUIEN MAS EN LA OSCURIDAD

Adam Surray





# SS

## SERVICIO SECRETO







**ADAM SURRAY**

# **ALGUIEN MÁS EN LA OSCURIDAD**

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.420

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO





ISBN 84-02-02513-7  
Depósito legal: B. 29.891 - 1977  
Impreso en España - Printed in Spain

1.<sup>a</sup> edición: octubre, 1977

© Adam Surray - 1977  
Texto

© Salvador Fabá - 1977  
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor  
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.  
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen  
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son  
Trato exclusivamente de la imaginación del autor; por  
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades  
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.  
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1977





**OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.394 - Curso de asesinato acelerado.

En Colección SALVAJE TEXAS:

878 - El último de los McClure.

En Colección KANSAS:

769 - Los vividores.

En Colección PUNTO ROJO:

792 - Los hijos del Averno.

En Colección COLORADO:

829 - Un caballo, un «Colt» y una mujer.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

285 - Erase una vez un pistolero.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

340 - El tahúr del Mississippi.



## CAPÍTULO PRIMERO

Stephen Holdridge depositó el *gin-tonic* sobre la mesa.

En su diestra quedó el vaso de *whisky*.

Una buena dosis de líquido.

Sin hielo ni soda.

Se acomodó en el largo sofá accionando el control a distancia del televisor.

Surgió la sintonía previa al noticiero.

—¡Eh, Stephen! —exclamó una voz femenina desde fuera del salón—. ¿Por qué no algo de música?

Holdridge no respondió.

Se recostó en el sofá dejando el vaso de *whisky* para apoderarse de la cajetilla de «Rothmams».

Encendió un cigarrillo.

La voz del locutor y la imagen simultáneamente en el televisor.

—Buenas noches. Comenzamos nuestro avance informativo con nuevos datos relacionados con la tragedia del «Boeing» San Francisco-Nueva York acontecida ayer. Ya no hay duda del criminal atentado. No fue un accidente. La explosión fue originada por una bomba camuflada con los equipajes. Un artefacto de rudimentaria fabricación, pero diabólicamente mortífero con el «Boeing» en pleno vuelo. Ciento ochenta y dos víctimas. Ningún superviviente.

El locutor hizo una pausa.

Consultó brevemente unos papeles antes de proseguir:

—Entre las víctimas figura Joanna Silliphant. De cinco años de edad. Hija única de John Silliphant, uno de los más importantes magnates de la industria del petróleo en los EE. UU. Otra de las víctimas es Peter Heyman, *jockey* número uno del hipódromo Bay Meadows de San Mateo. El trío musical The Spikes... Ciento ochenta y dos víctimas, aunque la opinión pública y las investigaciones policíacas se centran en uno de los muertos. Su

nombre es Robert Hellman. El hombre considerado como máximo dirigente del denominado Comité del Vicio en la costa californiana. La muerte lo Robert Hellman proporciona a su lugarteniente Oliver Hartford la dirección de la organización. Un cargo ya ambicionado durante mucho tiempo por Hartford. Robert Hellman, pese a sus sesenta y dos años de edad no quería dejar el mando del Comité del Vicio. En más de una ocasión afirmó que sólo su muerte dejaría paso a Oliver Hartford. Se consideraba aún con las suficientes fuerzas. Así lo manifestó precisamente en una entrevista concedida en el aeropuerto internacional de San Francisco. Minutos antes de tomar el fatídico avión sin retomo.

El locutor hizo una nueva pausa.

Deliberada.

Para dar más dramatismo a sus palabras.

—A primeras horas del día de hoy la agencia Woody Press de Los Ángeles recibió una llamada telefónica, Una voz anónima declaró que la bomba en el «Boeing» fue introducida por miembros del Comité del Vicio siguiendo órdenes de Oliver Hartford. Ésa es la noticia escueta. No podemos añadir más. No hay pruebas contra Hartford. Al igual que tampoco existen contra los negocios... legales de la organización. Sólo deseamos que la policía, el Federal Bureau of Investigation y demás organismos oficiales dedicados a la investigación del suceso den con los culpables y caiga sobre ellos todo el peso de la ley. Exigimos el máximo castigo para...

La pantalla se oscureció bruscamente cesando a la vez el sonido.

Stephen Holdridge tendió su mano derecha hacia la mesa, pero allí ya no se encontraba el mando-control.

Estaba en posesión de una muchacha.

Una mulata.

Una diosa de ébano.

—No eres muy romántico, Stephen. ¡Bonita manera de amenizar la velada! ¿Tienes aún aquel casete-sexy?

La joven iba hacia uno de los muebles, pero Holdridge la atrapó por la muñeca izquierda.

La atrajo contra sí.

Un leve grito brotó de su garganta al verse caer sobre el sofá.

Rodeada por los brazos de Holdridge.

—¿Necesitamos ese casete, Laura?

—No, Stephen... no...

Laura le echó los brazos al cuello.

Unieron sus bocas ávidamente.

El vestido de Laura era ligero. Con abotonadura a la espalda. Arqueó su cuerpo para facilitar el trabajo a Holdridge. Quedó con sus dos prendas íntimas. La pieza superior no ocultaba por completo la firme redondez de sus pechos. El vientre liso. La sensual curva de las caderas...

Laura. Veinticuatro años de edad. Puertorriqueña. Profesora de idiomas...

Sí.

Una diosa de ébano.

Stephen Holdridge acarició aquel flexible cuerpo. Buscó los labios de Laura. Ella los entreabrió jadeante para recibir el apasionado beso.

Enfrecidos por el deseo no se percataron de la primera llamada. Sólo el insistente resonar del timbre hizo reaccionar a Holdridge.

—Maldita sea...

—¿Esperas a alguien, querido?

—Tú eres mi única invitada. ¿Qué me dices de tu compañera Bertha? Al no verte en el apartamento tal vez...

—Bertha está fuera de San Francisco.

El timbre sonaba en cortas intermitencias.

Stephen Holdridge se incorporó del sofá.

Irritado.

—Espera aquí, Laura. Quienquiera que sea lo despacharé al instante.

Abandonó el salón encaminando sus pasos hacia el *living*. Antes de abrir la puerta del apartamento mesó superficialmente los desordenados cabellos.

Sorprendió al inoportuno visitante cuando se disponía a presionar por enésima vez el llamador.

Un individuo de unos cuarenta y cinco años de edad. Lentes correctores con montura de oro. Lucía un traje de excelente corte. El pasador de la corbata también de oro.

—¿Señor Holdridge?

—Sí, soy yo.

—Disculpe mi insistencia en llamar, pero en recepción me informaron de que se encontraba en el apartamento. Mi nombre es John Silliphant. ¿Puedo hablar con usted?

No hacía falta mencionar el nombre.

Stephen Holdridge le reconoció.

La imagen de John Silliphant era reproducida con frecuencia en las publicaciones del país. En las secciones de Bolsa, Industria, Ecos de Sociedad... Glosando a uno de los más importantes magnates de los EE. UU.

—¿Ahora?

—Su despacho de la Barret Avenue está cerrado —argumentó John Silliphant con leve sonrisa—. Me comunicaron que lleva varios días sin aparecer por allí. Conseguí su domicilio particular y...

—Me han retirado la licencia, señor Silliphant. No puedo ejercer como investigador privado.

—También estoy al corriente de eso, Holdridge, no obstante desearía hablarle.

—Bueno, yo... en este momento...

—Es un asunto urgente. De ahí mi descortés insistencia. Puedo esperarle en cualquier lugar dentro de una o dos horas.

—No es necesario. Había invitado a cenar a mi vecina de apartamento, pero aplazaré la velada para otra ocasión.

—No quisiera...

Holdridge interrumpió con un ademán.

—Deduzco la importancia de su visita, señor Silliphant. Un momento, por favor.

Stephen Holdridge acudió al salón.

Laura ya no estaba allí.

Le llegó una suave música procedente de una de las habitaciones.

El casete-sexy plagado de susurros, suspiros, jadear y gritos entrecortados.

Holdridge corrió hacia el dormitorio.

Se precipitó hacia la mesa de noche para desconectar el radio-casete.

Laura estaba en el lecho.

Contemplándole con sensual sonrisa.

En traje de Eva.

—¿Dónde nos habíamos quedado, amor? —inquirió Laura con provocativa voz. Holdridge tragó saliva.

—Laura...

—¿Sí, Stephen?

—Tienes que largarte.

—¿Cómo?

Stephen Holdridge se percató de que estaba pisando el vestido de la muchacha y las dos prendas interiores.

Tendió la ropa hacia Laura.

—Es una visita muy importante, nena. Yo... Perdóname, pero debes irte. Mañana...

La joven se levantó furiosa.

—Bastardo. ¡Porco... Fils de... Weibisch...!

—Sí, Laura, sí... tienes toda la razón. Puedes insultarme en chino si quieres; pero desaparece cuanto antes.

Holdridge retornó al *living*.

Forzó una sonrisa.

—Mi vecina ha aceptado razonablemente el aplazamiento de la velada, señor Silliphant. ¿Quiere pasar?

Se adentraron en el salón.

Stephen Holdridge cerró prudentemente la puerta para así permitir la discreta salida de Laura.

No lo consiguió del todo.

El portazo de Laura al abandonar el apartamento hizo vibrar las paredes.

## CAPÍTULO II

Los ojos de John Silliphant, tras aquellos cristales de miope, se tomaron inquisitivos.

Fijos en Holdridge.

Estudiándole.

Posiblemente esperaba encontrar a un hombre de mayor edad.

Stephen Holdridge frisaba en los treinta años de edad. Pelo negro. Rostro de correctas facciones, aunque inexpresivas y frías. Aquello le proporcionaba una expresión dura acentuada por el metálico brillo de sus ojos. Vestía pantalón oscuro y jersey cuello cisne.

Del mueble-bar tomó la botella de *whisky* y un vaso.

Al sentarse frente a John Silliphant sorprendió su penetrante mirada.

—Imaginaba al mejor detective de California como un hombre de más edad, Holdridge.

—Yo me considero viejo, señor Silliphant.

El magnate esbozó una sonrisa.

Aceptó el *whisky* ofrecido por Holdridge.

—Sí... eso ocurre con frecuencia. Yo mismo, en menos de cuarenta y ocho horas, he envejecido varios años. Mi hija murió en el atentado al «Boeing» San Francisco-Nueva York.

—Lo sé.

—Entonces deducirá el motivo de mi visita.

—No, señor Silliphant. Estoy realmente sorprendido. Presentarse en mi apartamento, a estas horas...

—Su despacho permanece cerrado.

—Ahá. Me ha sido retirada la licencia de investigador privado por tiempo indefinido.

—Todo originado por sus investigaciones en torno al senador Andrew Marton.

Stephen Holdridge asintió con fría sonrisa.

Encendió un cigarrillo.

—Correcto. Había conseguido abundantes pruebas que demostraban la corrupción del senador Marton y sus actividades antiamericanas. Podía hundirle a él y a otros importantes políticos. Desgraciadamente para mí esas pruebas desaparecieron misteriosamente en su traslado al Departamento de Justicia de Washington. El FBI asegura que jamás las recibió. El senador Marton presentará querrela de difamación y calumnias. Con su influencia ha logrado ya que me fuera retirada la licencia.

—Estoy al corriente de eso. También que durante sus investigaciones el senador Marton trató de sobornarle.

—¿De veras?

—No quiero sonsacarle ningún dato, Holdridge. Busco a un hombre como usted. Capaz de enfrentarse en solitario al senador Andrew Marton. Un luchador de la verdad. Insobornable. Ajeno a los sucios manejos de políticos y del sindicato del crimen. Un hombre capacitado para exterminar a Oliver Hartford y su Comité del Vicio.

Stephen Holdridge exhaló una bocanada de humo.

Con la mirada fija en Silliphant.

—No le comprendo.

—La agencia Woody Press de Los Ángeles ha recibido una llamada anónima que culpa a Oliver Hartford del atentado al «Boeing».

—Eso nada significa. El denominado Comité del Vicio es una cadena de negocios diseminados por toda la costa californiana. Desde Sacramento hasta San Diego. Discotecas, *night-clubs*, cinematógrafos, salones electrónicos, porno-shops... Una importante red de establecimientos que controlados por el ahora difunto Robert Hellman han implantado una especie de monopolio. Lógicamente tienen enemigos. Los propietarios de locales de diversión ajenos a la organización. Cualquiera de ellos, para librarse de tan poderoso competidor, pudo haber efectuado esa llamada anónima.

—Robert Hellman viajaba en ese avión. Según la Prensa las relaciones entre Hellman y su lugarteniente Oliver Hartford no eran cordiales. Este último ambicionaba el mando de la organización.

—Hipótesis de Prensa sensacionalista.

Las facciones de John Silliphant se endurecieron.

—¿No la comparte? ¿Quién más podría desear ese criminal y monstruoso atentado? Ningún político viajaba en el «Boeing». Ninguna persona conflictiva a excepción de Robert Hellman.

—No hay pruebas contra Oliver Hartford.

—Correcto. No hay pruebas. Y las investigaciones del FBI, de los detectives de las compañías aseguradoras y demás organismos destinados al caso tampoco las encontrarán. De conseguirlas desaparecerían misteriosamente. Al igual que ocurrió con las obtenidas contra el senador Andrew Marton.

—El Federal Bureau of Investigation es el más indicado para solucionar el caso.

—No dudo de la integridad del FBI, de los detectives de las compañías y demás agentes dedicados a la investigación; pero sí conozco el poder del Comité del Vicio. Tenderá sus redes. Sobornos, falsas pistas para señalar a otros culpables, cortinas de humo. Ha mencionado los negocios ahora controlados por Oliver Hartford. ¿Por qué se le denomina Comité del Vicio? En las discotecas se proporciona droga que corrompe a nuestra juventud, los *night-clubs* son mercado de prostitución y trata de blancas, los cinematógrafos proyección clandestina de filmes pornográficos y aberrantes producidos por la propia organización, los salones electrónicos centros de juego ilegal... Llevan actuando años. Una lacra que la policía no consigue exterminar. ¿Por qué? ¡Falta de pruebas! Si descubren a alguien siempre es un vulgar peón. Un pequeño tentáculo. La cabeza del gran pulpo sigue actuando.

—Eso ocurre en todas partes, señor Silliphant. Chicago, Nueva York... Ciertamente son poderosos. Incluso tal vez bajo el tenebroso manto protector de la Mafia. Están respaldados por políticos corrompidos que participan en los negocios, por policías sobornados... es imposible luchar contra ellos. Robert Hellman ha muerto. Le sustituye Oliver Hartford. Todo sigue igual.

—Yo quiero acabar con ellos, Holdridge. Aniquilarles. Aplastar la cabeza del gran pulpo.

—¿Para vengar así la muerte de su hija?

—Sí.

La rápida respuesta del magnate hizo que Stephen Holdridge moviera la cabeza de un lado a otro.

Lentamente.

Aplastó el cigarrillo en el cenicero de la mesa.

—Está ofuscado, señor Silliphant. Comprendo su dolor y...

—No, Holdridge. No puede comprenderlo. No hay forma de describirlo. Joanna tenía cinco años. Mi única hija. Nos habíamos resignado ya a no tener hijos; pero ocurrió el milagro. El nacimiento de Joanna... y la muerte de mi esposa en el alumbramiento. Yo estaba locamente enamorado de mi mujer. No volví a casarme y ninguna otra ocupará jamás el lugar de mi difunta esposa. La sigo amando y ella me corresponde desde el Más Allá. Ella me dio a Joanna para combatir mi soledad. Y ahora me la han arrebatado, Holdridge. Joanna era lo único importante para mí.

—Logrará sobreponerse a la tragedia. Usted dirige la Silliphant Oil of California. Con sucursales en todos los Estados Unidos. Miles de trabajadores dependen de su compañía. Es un hombre fuerte y olvidará.

—Me conoce muy poco, Holdridge. Mi mujer falleció hace cinco años. Ni un solo día, ni un solo segundo, dejo de recordarla. Con amor, con cariño, rememorando los días felices que me proporcionó... Joanna era una niña alegre. Con esa alegría propia de sus cinco años.

Siempre sonriente. Con su mirada limpia. Sus ojos azules como el cielo... También la recordaré así, pero para ello necesito calmar mi espíritu. Y sólo conseguiré la paz cuando los culpables sean castigados.

—Cuestión de tiempo, señor Silliphant. El Federal Bureau oí Investigation no cesará hasta dar con ellos. No lo dude. Ya no se trata de drogas, prostitución y juego ilegal a mayor o menor escala. Han muerto ciento ochenta y dos personas. La opinión pública quiere el castigo de los culpables. Caiga quien caiga.

—Si Oliver Hartford llega a verse acorralado presentará a un hombre de paja. Un vulgar peón que careará con toda la responsabilidad del atentado. Y Hartford continuará en su trono de vicio y corrupción. Le quiero a él, Holdridge. Pruebas contra Oliver Hartford. Suficientes para enviarle a la cámara de gas.

Stephen bebió un sorbo de *whisky*.

—¿Por qué acude a mí?

—Ya lo he mencionado anteriormente. Un hombre insobornable

y con valor suficiente para enfrentarse al Comité del Vicio.

—No tengo la licencia de investigador.

—Actúe como un simple ciudadano en defensa de la verdad y la justicia. Nadie sabrá que ha sido contratado por mí. Consiga todo tipo de pruebas encaminadas a destruir a Oliver Hartford. Supongo que será difícil demostrar su participación en el atentado al «Boeing»; pero sí encontrará pruebas de sus actividades delictivas. Preséntelas directamente a los medios informativos. Apuesto que conoce algún periodista de confianza. Si el *Washington Post* logró derribar al presidente Nixon, también caerá Oliver Hartford.

Stephen Holdridge quedó en silencio.

Pensativo.

El magnate se impacientó.

—¿Por qué duda, Holdridge?

—No comprendo bien sus deseos, señor Silliphant. ¿Quiere terminar con Oliver Hartford o castigar al culpable del atentado al «Boeing»?

—Son una misma persona.

—¿Y si en mis investigaciones descubro la inocencia de Oliver Hartford y su Comité del Vicio?

John Silliphant sonrió.

En amarga mueca.

—¿En verdad cree esa posibilidad? Tiene carta blanca para actuar, Holdridge. Como crea conveniente. Quiero el castigo para los culpables del atentado al «Boeing». Ésa es la misión concreta. ¿Qué responde?

—Hay otros investigadores privados en San Francisco. Hombres que no se dejan comprar y...

—Le quiero a usted, Holdridge —Silliphant extrajo un voluminoso sobre del bolsillo interior de la chaqueta—. Aquí tiene veinticinco mil dólares. Los hombres de Oliver Hartford sí aceptan sobornos. No repare en gastos. Tampoco dude de mi discreción. Nadie sabrá que trabaja para mí. Ahí le dejo también un cheque firmado. Al margen de sus honorarios. Dado lo elevado de la cantidad, el Banco se pondrá en contacto conmigo para que autorice el pago. Daré mi conformidad si consigue aniquilar a Oliver Hartford y su Comité del Vicio.

Stephen Holdridge iba a decir algo.

Entreabrió los labios, pero fue incapaz de articular palabra.  
Había descubierto la cantidad fijada en el cheque.  
Parpadeó incrédulo.  
La cifra marcada era de un millón de dólares.

John Silliphant ya había abandonado el apartamento.  
Hacía más de una hora.

Y Stephen Holdridge aún no se cansaba de contemplar el cheque.

Un millón de dólares.

En verdad jugaba una arriesgada baza aceptando el trabajo encomendado por Silliphant. Actuar sin licencia, aún bajo la apariencia de hacerlo libremente, podía hundirle definitivamente; pero el peligro estaba compensado por aquella desorbitada cantidad.

También resultaría difícil el ganarla.

Aniquilar al Comité del Vicio.

Stephen Holdridge vació el vaso de *whisky*.

Encendió el enésimo cigarrillo.

Había sopesado inconvenientes y ventajas de su de cisión.

Su capital, por aquellas semanas de inactividad, había disminuido. Estaba además la posible querella del senador Marton. De prosperar tendría que pagar una importante suma o suplirla con prisión.

Sí.

Había hecho bien aceptando la propuesta de Silliphant.

No sólo por el dinero a conseguir, sino también por el placer de combatir al Comité del Vicio. De exterminar a los bastardos que provocaron la explosión en el «Boeing» ocasionando ciento ochenta y dos víctimas inocentes.

Holdridge consultó su reloj de pulsera.

Esbozó una fría sonrisa.

Se encaminó al dormitorio.

Del armario atrapó una chaqueta *sport*.

En uno de los cajones del mueble un revólver del treinta y ocho. Acopló el arma bajo el cinturón. En su costado izquierdo.

Abandonó el apartamento.

Stephen Holdridge comenzaba a actuar aquella misma noche.

## CAPÍTULO III

Stephen Holdridge pilotaba un coupé de la American Motors. El Modelo AMX en color hueso. Un vehículo próximo a los diez años de rodaje. Muy sufrido. Su carrocería había padecido incluso impactos de bala.

El auto recorrió gran parte de la longitudinal Taylor Street.

A la altura del Chínese Recreation Center cambió de dirección culminando su trayecto en Davis Road.

Holdridge estacionó en doble fila.

Abandonó el vehículo para introducirse en el edificio señalizado con el número 1842.

El elevador le depositó en la planta ocho.

Pulsó el llamador del apartamento de la izquierda.

La puerta se abrió a los pocos segundos de espera.

Bajo el dintel surgió una muchacha. Mordisqueando una zanahoria cruda.

—¿Qué quiere?

Stephen Holdridge parpadeó.

—Disculpa, Bugs Bonny. Me he equivocado de... Un momento... esto es el apartamento de Arthur McGowran, ¿no?

La joven había arrugado la nariz.

Molesta por semejarla con el famoso conejo de la televisión.

—Sí.

—¿Está en...?

Holdridge no terminó la frase.

Llegó una voz desde el interior.

—¿Quién es, Jennifer?

Un individuo acudió al *living*.

Un hombre de unos cincuenta años de edad. De abundante pelo ya gris en los aladares. Facciones enérgicas. Sus ojos, de penetrante mirada, protegidos por pobladas cejas. Complexión corpulenta.

Stephen Holdridge le dedicó una sonrisa.

—Hola, Arthur.

El hombre resopló.

Casi con resignación.

—Adelante, Stephen. Me encuentras de casualidad. Ya he cenado y me disponía a marchar a la redacción.

—Yo aún no he cenado.

—Prepara algo para nuestro amigo Stephen, hija —sonrió Arthur McGowran moviendo de un lado a otro la cabeza—. ¿Y bien, Stephen? ¿Qué te trae por aquí, después de tanto tiempo?

Holdridge no respondió.

Su mirada estaba fija en la muchacha que se alejaba por el corredor.

Lucía unos diminutos «hot-pants» y blusa anudada bajo el busto.

Holdridge fue empujado hacia el salón por Arthur McGowran.

—¿Quién es ella, Arthur?

—¿Jennifer? Mi hija.

—¿Tu hija? Ignoraba que estuvieras casado.

—No lo estoy. Llevo cinco años divorciado. Jennifer ha permanecido siempre en Sacramento con su madre. Ahora ha terminado sus estudios de periodismo y quiere ampliar conocimientos a mi lado.

Holdridge rió en alegre carcajada.

—¡Jamás lo hubiera imaginado! ¡Arthur McGowran con una hija...! ¡Y qué hija, infiernos!

—Sólo tiene diecinueve años, Stephen.

—¿De veras? —Holdridge agrandó los ojos—. ¡Bien condimentados, sí, señor!

—Procura no entusiasmarte demasiado, muchacho.

Te conozco. Eres poco recomendable. Si te atreves a, babear junto a Jennifer te juro que...

Arthur McGowran se interrumpió ante la aparición de la joven.

Portaba una bandeja con un par de resecos sándwiches y una lata de cerveza caliente.

—Espero que le gusten —dijo Jennifer inclinándose sobre la mesa del salón dejando allí la bandeja.

Aquella inclinación incrementó fugaz el escote de la blusa permitiendo a Holdridge contemplar el inicio de los túrgidos senos

femeninos. Erectos. Firmes. Sensualmente modelados bajo la tela.

—Los encuentro deliciosos, Jennifer.

La joven sorprendió la insolente mirada de Holdridge.

Enrojeció.

Un pasajero rubor que hizo más atractivo su bello rostro. Destacando sus almendrados ojos de intenso y airado brillo.

—¿Cómo va tu asunto con el senador Marton? —intervino Arthur McGowran temeroso de la reacción violenta de su hija.

—Oficialmente aún no sé nada. Tal vez decida no presentar la querella. Aunque ha salido bien librado existen muchos puntos oscuros en su conducta. Dudo que le interese remover el asunto.

—Fue un error enfrentarte a él, Stephen. No es prudente atacar a los poderosos.

Holdridge mordisqueó uno de los sándwiches.

Casi se le salta un diente.

Dirigió una burlona mirada a Jennifer, pero la muchacha le dio la espalda abandonando el salón.

—Tú también te has enfrentado a los poderosos, Arthur.

—Sí, pero no estaba solo. Me encontraba respaldado por millones de lectores. Recuerdo el caso Ellen Revill. La niña violada por Bob Hessler. La familia Hessler quiso echar tierra al asunto. Tú lograste demostrar la culpabilidad de Bob Hessler y su grupo de degenerados amigos. Me ofreciste la exclusiva y yo publiqué la historia. La familia ya nada pudo hacer. Fue un gran triunfo. ¿Por qué no acudiste a mí con las pruebas comprometedoras al senador Marton? De haberlo hecho no estarías ahora sin licencia.

Stephen Holdridge bebió un trago de cerveza.

Puro caldo.

Se reclinó en el sillón encendiendo un cigarrillo.

—No podía hacerlo, Arthur. Eran dinamita. Si llegas a publicarlas no sólo caería el senador Andrew Marton, sino que se tambalearían muchas altas personalidades de Washington. Creí más conveniente cursarlas al Departamento de Justicia.

—¿Al «quinto piso»?

—Sí, Arthur. A la sede del Federal Bureau of Investigation. Desgraciadamente para mí el FBI no las recibió. Una mano misteriosa las hizo desaparecer.

—¿Quién era tu cliente? ¿Un rival del senador Marton?

—No puedo decir su nombre, pero no se trataba de rencillas políticas. No hubiera aceptado el trabajo. La política no me gusta.

—Por supuesto. Tú eres muy escrupuloso.

Holdridge entornó los ojos.

Fijos en su interlocutor.

—¿Qué te ocurre, Arthur? Adivino cierto sarcasmo en tu voz.

—¿Sarcasmo? Nada de eso, muchacho. La última vez que nos vimos fue en el mencionado caso Ellen Revill. Reconozco que me proporcionaste una buena exclusiva, pero ignoraba como habías conseguido la declaración de los testigos. Dos de ellos permanecieron hospitalizados varias semanas.

—No eran testigos, Arthur, sino cómplices. Celebraron aquélla orgía junto con Bob Hessler. Presenciaron como una niña de trece años era víctima de los deseos de aquel bastardo. Todos eran hijos de papá. ¡Sí, diablos! Les machaqué a placer para que escupieran la verdad. Y volvería a hacerlo.

—Existen otros métodos.

—Seguro. Amenazar a los padres de la pequeña para que retiraran la denuncia contra Bob Hessler. No les cobré un centavo, Arthur. Acepté el trabajo por el solo placer de aplastar a individuos como Hessler. Tipos forrados de dólares que se creen con derecho a todo.

—Odio todo signo de violencia.

—No seas iluso. Eres un periodista independiente, ¿no? Tus artículos son disputados por las mejores agencias de Prensa. ¿A qué debes tu éxito, Arthur? Empezaste a destacar con tus crónicas desde Vietnam. Narrabas un dantesco marco de sangre y muerte. Con espeluznante realismo.

—Destacando los horrores de la guerra esperaba ayudar a terminarla. Reconozco que vivimos en un mundo de violencia; pero tú disfrutas en él. Te expulsaron de la Policía por tus métodos. Como investigador privado también has dejado mucho que desear. Aunque no hubiera surgido el senador Marton terminarías por perder la licencia.

Holdridge sonrió.

Fríamente.

—Te equivocas. Los individuos como yo somos necesarios. En la ciudad abundan las ratas. Yo soy el cazador.

—La Policía...

—¡Al infierno con la Policía! ¿Crees que la policía hubiera detenido a Bob Hessler? ¿Al senador Marton? No cierras los ojos a la realidad. Aunque quieren no pueden. Están presionados. Mi trabajo es desagradable, mis métodos crueles...; pero acuden a mí para los trapos sucios. Y tú lo sabes. No me dejó sobornar y no me asusta bucear en la basura.

—No quiero discutir contigo, Stephen —McGowran consultó la esfera de su reloj de pulsera—. Debo irme. ¿Puedo conocer el motivo de tu visita?

Stephen Holdridge inspiró con fuerza.

Asintió con un movimiento de cabeza.

—*Okay...* Quiero conocer toda la información que hayas reunido en torno al atentado al «Boeing» San Francisco-Nueva York.

El rostro del periodista no pudo ocultar una mueca de asombro.

Arqueó las pobladas cejas.

—¿Para qué?

—Me interesa el caso.

—Estás sin licencia y...

—Precisamente por eso —interrumpió Holdridge—. Me aburre el permanecer con los brazos cruzados. Dedicaré mi tiempo al hijo de perra que provocó el accidente.

Arthur McGowran quedó en silencio.

Sin pronunciar palabra alguna abandonó el salón retornando a los pocos minutos con una carpeta entre sus manos.

La tendió hacia Holdridge.

—Aquí tienes todos los datos, Stephen. Desde la conversación del piloto con la torre de control durante la maniobra de despegue hasta el momento de producirse la explosión. Nombre de los tripulantes. Relación de pasajeros... Fotografías de los restos del aparato. Todo información que a nada conduce. Creo que tú estabas en lo cierto. Pese a las fundadas sospechas de que Oliver Hartford y su Comité del Vicio han provocado la explosión, la Policía jamás podrá probarlo. Sólo un individuo como tú puede hacerlo. Un cazador solitario. Sin escrúpulos... y sin piedad.

—¿Crees que fue Oliver Hartford?

—No hay otro sospechoso, Stephen. ¿Quién podía estar interesado en hacer volar un avión en pedazos con todos los

pasajeros a bordo? No viajaba ningún líder político, ninguna organización... Ni el más sanguinario grupo terrorista se hubiera atrevido a cometer semejante acción. Sólo Oliver Hartford o altos ejecutivos del Comité del Vicio.

—¿Puedo llevarme la carpeta a casa?

—No, muchacho. Lo lamento. El semanario *Sevenfold* me ha solicitado un reportaje sobre el suceso. Estoy trabajando en el *dossier*. Puedes consultar aquí, aunque esa información la podrás encontrar igualmente en los periódicos. Hasta el momento todo es paja. Si piensas enfrentarte al Comité del Vicio cuenta con mi ayuda.

Stephen Holdridge dirigió una superficial mirada a los mecanografiados folios.

Junto a alguno de los nombres de las víctimas figuraba una cantidad.

—¿Qué es esto, Arthur?

—Pólizas de seguro. No me refiero a las de la compañía aérea aseguradora obligatoria; sino a las pólizas suscritas privadamente por los pasajeros. Ninguna de ellas es lo suficientemente elevada para pensar en provocar el accidente. La máxima corresponde al grupo musical *The Spikes*. Cien mil dólares. La casa discográfica, con la desaparición del conjunto, pierde contratos superiores al millón de dólares. El *jockey* Peter Heyman había hecho un seguro a favor de su esposa por la cantidad de veinticinco mil dólares. La temporada deportiva de Heyman, jinete número uno, es fabulosa económicamente. Las restantes pólizas oscilan entre los cinco a quince mil dólares. Ridículas como origen de provocar el atentado.

—Un estudio muy interesante.

—Lo he realizado precisamente para demostrar que Oliver Hartford es el único sospechoso —Arthur McGowran volvió a consultar el reloj—. Debo irme. Espero que cambiemos impresiones, Stephen.

Holdridge asintió sin levantar la mirada del *dossier*.

El periodista abandonó el salón.

Retornó al instante ajustándose la chaqueta.

Con preocupado rostro.

—Stephen...

—¿Sí?

—Procura ser breve. Ya es muy tarde.

—No tengo prisa, Arthur. No te preocupes por mí.

McGowran sonrió en dura mueca.

A sus cincuenta años no había perdido vigor. Su corpulenta complexión no era engañosa.

Acarició significativamente los nudillos de su diestra.

—Tú no me preocupas en absoluto, muchacho, sino Jennifer. Procura mantenerte alejado de ella. Cuando llegue a la redacción telefonaré. Para entonces espero que te hayas largado de aquí.

Holdridge correspondió a la sonrisa.

Con fingida inocencia.

—Jennifer ya no es una chiquilla, Arthur. Apuesto a que sabe cuidarse sola.

—Precisamente por eso te lo advierto, Stephen —respondió McGowran enigmático—. No olvides el consejo. Adiós.

Arthur McGowran abandonó nuevamente el salón.

Jennifer fue a despedirle al *living*.

Cerró la puerta del apartamento quedando unos segundos apoyada sobre la hoja de madera.

Sus manos manipularon en la anudada blusa.

Avanzó hacia el salón.

Con una extraña sonrisa en sus gordezuelos labios.

En busca de Stephen Holdridge.

## CAPÍTULO IV

Stephen Holdridge entornó los ojos.

Suspica.

Perplejo por el brusco cambio experimentado en Jennifer.

—Me he portado como una niña mimada, Stephen. ¿Quieres que te prepare en verdad algo de cena?

—No te molestes. Con sólo probar ese sándwich se me fue el apetito.

Jennifer rió en cantarina carcajada.

Se acomodó en el sofá frontal al ocupado por Holdridge.

Aquel diminuto «hot-pants» permitía admirar en su totalidad los bronceados y esbeltos muslos de la muchacha. La cintura también al descubierto. El liso vientre. El seductor hoyuelo del ombligo...

El nudo de la blusa bajo el busto estaba flojo. De un momento a otro, obligado por el peso de los senos femeninos, cedería.

Ése era al menos el deseo de Holdridge.

—De saber quien eras hubiera obrado muy distintamente, Stephen. Mi padre me ha hablado mucho de ti. Te admira.

—¿De veras?

—Seguro. Interiormente te admira, pero es un idealista y no quiere reconocer que tus métodos son los más apropiados para deambular por la jungla de asfalto. Mi padre me contó toda tu historia, Stephen. Tu infancia en un orfelinato de Chicago, dos años en un reformatorio de Nueva York, tu fugaz y poco honroso paso por el cuerpo de Policía y por último tus éxitos como investigador privado en San Francisco.

—Arthur es un bocazas.

—¿Es cierto que te han retirado la licencia?

—Ahá.

—¿Por cuánto tiempo?

—Aún no se han definido sobre ese punto. Me tiene sin cuidado.

Llevaba ya tres años ejerciendo en California. Un cambio de aires me vendrá bien.

—Me gustan los hombres independientes.

Holdridge tragó saliva.

El tono de voz en Jennifer era marcadamente sensual.

—Bueno... creo que es mejor que me vaya.

—Es ahora cuando empieza la noche, ¿no? Las mejores horas del San Francisco nocturno. Llevo pocos días en la ciudad. He terminado mis estudios de periodismo y estaré con Arthur una temporada para ampliar conocimientos.

—Tu padre es uno de los grandes en el periodismo.

—Lo sé. Me ha proporcionado trabajo en la revista *Sevenfold*. La sección de ecos de sociedad.

—Maravilloso.

—No, Stephen. No es mi estilo. No quiero permanecer tras una mesa de redacción escribiendo frases cursis para taradas mentales. Me gusta el periodismo fuerte. Arriesgado. Independiente. Aventurero...

—Te aconsejo los ecos de sociedad.

—Ese *dossier* que está sobre la mesa, debidamente ultimado, me proporcionaría el reportaje del año. Desenmascarar las turbias actividades del Comité del Vicio y su participación en la tragedia del «Boeing». Yo he mecanografiado ese *dossier* con los datos proporcionados por mi padre, pero pienso actuar por mi cuenta. Llegar al final delatando al culpable. Demostrar que puedo hacer algo más que narrar una boda de sociedad.

—Te deseo suerte, Jennifer.

La muchacha se incorporó imitando a Holdridge.

Le cerró el paso.

—¿No tienes secretaria, Stephen?

—La despedí cuando me retiraron la licencia.

—Si ahora vas a investigar el atentado al «Boeing» tal vez la necesites. Una joven discreta como yo. No es necesario sueldo.

—Tampoco secretaria.

—Oye; Stephen... Sólo quiero acompañarte en las ocasiones que consideres oportunas. Conoces los negocios de Oliver Hartford. Estudiaré el ambiente y...

—No cuentas conmigo.

Deliberadamente o no, el nudo de la blusa cedió.

Jennifer pareció no percatarse de ello.

Stephen Holdridge, sí.

—Stephen, por favor... No te ocasionaré molestia alguna. Obedeceré todas tus órdenes.

—He dicho que no, Jennifer. Y no cambiaré de parecer.

—¿De veras?

La muchacha le había echado los brazos al cuello. Juntó las manos tras la nuca de Holdridge. Atrayéndole contra sí mientras le ofrecía los labios. Entreabiertos y húmedos. En demanda de un beso.

Stephen Holdridge, que hasta entonces había estado pensando en Arthur McGowran, se centró en lo que tenía entre manos.

Y era la cimbreante cintura de Jennifer.

Besó los ardientes labios femeninos.

Mordisqueándolos.

—Tratas de engatusarme, ¿eh?

—Sí, Stephen... ¿lo consigo?

—Seguro, nena —murmuró Holdridge mordisqueando ahora el lóbulo izquierdo de la muchacha a la vez que sus manos ascendían acariciando las túrgidas formas—. Estoy a tu disposición para... ¡Jennifer...! ¿Qué ocurre?

La joven se había separado bruscamente corriendo hacia el pasillo.

Ladeó la cabeza sin detener el paso.

—En unos minutos estaré preparada, Stephen. El tiempo de ponerme un vestido.

Holdridge parpadeó.

Perplejo.

—¿Ponerte? Creí que se trataba de quitar.

Jennifer rió divertida.

—Eres muy gracioso. Vamos a tomar unas copas a The Pagoda. Ése es el cuartel general de Oliver Hartford, ¿verdad? ¡Cinco minutos, Stephen!

La muchacha desapareció tras una puerta del corredor.

Stephen Holdridge quedó con la boca entreabierta.

Estupefacto.

Había sido manejado como a un vulgar patán.

## CAPÍTULO V

Los anuncios de neón iluminaban con multicolores destellos las calles de San Francisco. La alegre vida nocturna se centraba en la zona de North Beach. Pródiga en nighth-clubs y locales de diversión.

El AMX conducido por Holdridge no enfiló hacia aquella parte de la ciudad.

Jennifer se percató de ello.

—¿Adónde vamos, Stephen? The Pagoda, no...

—The Pagoda es el local más elegante de San Francisco, pero no el cuartel general de Oliver Hartford como tú aseguras. Allí se dejaba ver Robert Hellman y su lugarteniente haciendo relaciones públicas. Hartford seguirá la misma norma. Presentación física en The Pagoda para mantener la imagen. Los verdaderos negocios, los que proporcionan dinero al Comité del Vicio, son muy distintos a The Pagoda. Supervisados por hombres de confianza. Te llevaré a uno de ellos. Espero que entonces cambies de opinión y te decidas por los ecos de sociedad.

—No me conoces bien.

Stephen aprovechó una marcha lenta en el tráfico para dirigir una penetrante mirada a la muchacha.

Lucía un vestido de cocktail.

Seductor.

Stephen Holdridge posó su diestra en la rodilla izquierda de la joven. Acarició audaz el muslo.

Con cínica sonrisa.

—Espero conocerte muy a fondo, nena.

Jennifer también sonrió.

Su mano izquierda sostenía un cigarrillo a medio consumir. Lo succionó un par de veces para acto seguido aplastar el rojizo extremo en la diestra de Holdridge. Éste aulló de dolor.

—¡Maldita sea...! ¿Te has vuelto loca?

—No vuelvas a ponerme las zarpas encima, Stephen.

Holdridge estacionó al borde de la calzada.

Contempló a la sonriente Jennifer.

—No me gusta tu juego, muñeca. Tal vez hubiera aceptado ayudarte desinteresadamente; pero insinuaste ciertos favores.

—Insinuar no significa dar.

—*Okay*. Fuera del auto. Ya no hay trato.

Jennifer no se inmutó.

La sonrisa siguió en sus carnosos labios.

—Conoces a mi padre, ¿verdad, Stephen? Es un hombre pacífico, pero para ciertas cosas muy violento. De seguro habrá telefoneado al apartamento para interesarse por mi salud. Nadie contestará al teléfono.

—¿Y qué?

—Estará muy intranquilo. No acostumbro a salir de noche. Le diré que me invitaste a tomar unas copas.

—Eso es. Y ahora busca un taxi y...

—Unas copas en tu apartamento —remató Jennifer sin dejar de sonreír—. Sí. Eso le diré. Y también que intentaste abusar de mí.

—No... no serás capaz...

—¿Apuestas algo, Stephen?

Holdridge enfrentó su mirada a la de la joven.

Movió afirmativamente la cabeza.

—Sí... serías capaz. Eres una diablesa. Creo incluso que tu padre trató de prevenirme. Le interpreté mal. No temía por ti, sino por mí. Bien. Tú ganas, Jennifer.

El auto reanudó la marcha.

Realizó un largo recorrido.

Las calles ya no eran tan iluminadas y limpias.

—¿Qué zona es ésta, Stephen?

—Barrio Wolf.

—No me gusta.

Holdridge rió entre dientes.

—Lo suponía. Aquí las casas apestan a sudor. Almacenamiento humano. Fachadas húmedas y grises por la suciedad acumulada. En los habitantes de Barrio Wolf, seres marginados, encuentra el Comité del Vicio terreno abonado para sus fines.

—No comprendo...

—Pronto lo comprenderás, Jennifer.

La fría voz de Stephen Holdridge hizo estremecer a la muchacha. Paulatinamente perdió su aplomo.

Be conocer el lugar donde la conducía Holdridge no hubiera dudado en retroceder.

Pero ya era demasiado tarde.

## CAPÍTULO VI

The Spiral.

Neón en rojo, amarillo, azul y verde. Letras parpadeantes. En reiteradas intermitencias.

Una casa aislada en Gries Street. De cuatro plantas y sótanos. Los descampados contiguos servían de *parking*. Muy pocos vehículos privados, pero sí taxis con el contador funcionando.

Stephen Holdridge detuvo el auto.

—Ya hemos llegado.

—The Spiral... —La muchacha abrió la portezuela—. No me resulta familiar, Stephen.

—Lógico. No figura en las guías para turistas. Puedes considerarlo como uno de los locales más rentables del Comité del Vicio. La recaudación nocturna en The Spiral supera a la del más elegante *night-club* de Nort Beach.

—No tiene muy buen aspecto exterior.

Abandonaron el auto.

Holdridge sonrió rodeando los hombros de la joven.

—Ése es uno de sus atractivos.

La entrada principal estaba custodiada por un uniformado individuo.

Holdridge y Jennifer penetraron en la casa.

La planta baja estaba dividida en dos salas independientes. Separadas por un ancho y alfombrado corredor que desembocaba en una escalera de caracol.

La sala de la izquierda era una especie de «*pub*» inglés. El otro salón dedicado a baile y atracciones. Un *night-club* como cualquier otro.

Stephen Holdridge no se decidió por ninguna de las dos salas.

Al final del corredor, junto a la escalera de caracol, un individuo con *smoking*. Allí estaba también la cabina guardarropa.

—Buenas noches, amigo —saludó Holdridge jovial. Mantenía el brazo derecho en torno a los hombros de Jennifer—. ¿Qué nos recomienda hoy?

El hombre sonrió.

—Todo lo de The Spiral es bueno. Dentro de quince minutos comienza el pase de atracciones en nuestra sala de fiestas. Un magnífico *show*. También puedes escuchar buena música o saborear deliciosos combinados en...

Holdridge chasqueó repetidamente la lengua.

Se inclinó confidencial.

—Yo conozco la casa, amigo. Hoy vengo con mi mujer. Quiero que aprenda, ¿sabe? En mi anterior visita la fiesta era en la última planta.

El fulano del *smoking* arrugó la nariz.

—No le comprendo, señor...

Stephen Holdridge asintió.

Soltó a Jennifer para llevar su diestra al bolsillo interior de la chaqueta. Extrajo un fajo de billetes. Apartó veinticinco dólares.

—¿Y ahora?

—Le han informado mal, señor —el individuo no hizo ademán de tomar el dinero—. The Spiral es un club abierto a todos. Sin salones privados. Pueden recorrer todas nuestras plantas. Nadie les impedirá el paso. En el primer piso encontrará local de cinematógrafo y pequeño teatro. En la segunda planta restaurante con atracciones y...

Holdridge volvió a interrumpir.

—Oiga, amigo... Me he desplazado desde Salinas sólo para mostrar a mi mujer las atracciones privadas de The Spiral. Estos veinticinco dólares son para usted.

La tarifa ya sé que es más elevada. En mi última visita creo recordar que pagué doscientos dólares. Fue algo fabuloso. En la cuarta planta...

—Silencio, por favor —rogó el individuo al oír pasos por la escalera de caracol.

Una pareja descendía del piso superior.

Se encaminó hacia la salida.

El hombre del *smoking* ahogó un suspiro.

—Debe ser más discreto, señor.

—Y usted menos desconfiado.

—Debo serlo. Bien... En efecto creo que conoce la casa, aunque tenemos ciertas normas. Sólo clientes de confianza o debidamente avalados. Haré una excepción —el hombre atrapó los veinticinco dólares en rápido movimiento—. No puedo recomendar nada en especial. Todos los... números de hoy son extraordinarios. Le aconsejo el *ticket* «safari». Podrán recorrer todas las salas. Quinientos dólares por los dos.

Stephen Holdridge le tendió la mencionada cantidad.

El individuo acudió a la cabina guardarropa.

No había nadie tras el mostrador.

De un oculto cajón extrajo dos adhesivos propaganda del club.

—Deben colocarlos en la solapa. En sitio visible. Pasen ahora al elevador. No pulsen botón alguno.

Holdridge y Jennifer obedecieron.

El ascensor estaba a poca distancia del guardarropa.

Penetraron en la cabina.

La puerta se cerró automáticamente.

Jennifer que había permanecido en un mutismo total sacudió la cabeza sorprendida.

—Oye, Stephen... ¿qué significa...?

Holdridge la atrapó por la cintura.

Súbitamente.

Sin darle tiempo a reaccionar la besó en la boca.

Un beso que se prolongó hasta la detención del elevador.

No se abrió la puerta del camerino, sino el espejo que adornaba la cabina. Deslizándose silencioso y mostrando la camuflada salida.

—Por aquí, Jennifer —indicó Holdridge a la perpleja muchacha—. Es la entrada secreta.

Se encontraron en un oscuro pasillo.

Débilmente iluminado por pilotos rojizos.

—Stephen...

—En el elevador había sistema de televisión en circuito cerrado —murmuró Holdridge rodeando la cintura femenina—. También podían oír nuestra conversación.

—¿No ha sido un truco tuyo para besarme?

—Te valoras en demasía, nena.

Jennifer ignoró la respuesta.

—No hay nadie...

—La discreción es norma de The Spiral.

Avanzaron por el corredor.

Varias puertas a la izquierda. Cerradas. Llegaron ante una que, en letras luminiscentes, anunciaba el «disponible».

Holdridge hizo girar el pomo.

—Apuesto a que también aquí existen cámaras ocultas, Jennifer —advirtió antes de entrar—. No hagas preguntas comprometedoras.

La estancia era reducida.

Un reservado cuyo mobiliario se limitaba a un diván, una mesaraton y un mueble-bar.

Stephen Holdridge se dejó caer en el sofá.

—¡Toma asiento, nena! ¿Qué quieres beber? ¿O prefieres algo de... esto?

Jennifer fijó la mirada en la bandeja depositada sobre la mesa.

Pequeñas cajas, agujas hipodérmicas precintadas, ampollas, pastillas, calumets...

—¿Qué es?

—Algo de todo. Heroína, cocaína, morfina, opio... Si quieres algo más suave elige entre la metedrina,

LSD-25.

—Prefiero un *gin-tonic*.

Holdridge no pudo evitar una sonora carcajada.

—Eres muy modosita.

El mueble-bar estaba también magníficamente surtido.

Preparó el *gin-tonic* para Jennifer. Él se sirvió un explosivo combinado de cerveza y ginebra.

Se acomodó junto a la muchacha.

Presionó el botón de mando-control situado en la mesa.

Automáticamente la luz del reservado se eclipsó quedando la iluminación reducida a dos pilotos fijos. La pared frontal descubrió una pantalla de televisión mural.

Un programa grabado en cinta magnética de video-audio.

Una voz en «*off*» advirtió que las escenas del filme eran «Hard-core».

Aquello daba a entender que los actos de la cinta no eran simulados.

Imágenes en color.

No eran las clásicas escenas de filme porno de cinematógrafos clandestinos. Por la pantalla desfilaron los más aberrantes excesos y vicios. Una depravación difícilmente superable. Aderezada por unos diálogos obscenos. La historia concluía en una casa de campo. Con una degradante orgía de zoofilia.

Stephen Holdridge desconectó el televisor antes de que se iniciara el segundo filme.

Automáticamente se iluminó el reservado.

El rostro de Jennifer estaba rojo como la grana. Con un gesto de vergüenza e incredulidad. Sorprendida del grado de perversión que puede alcanzar el ser humano.

Holdridge no hizo ningún comentario.

Se limitó a coger a la muchacha por el brazo encaminándose hacia la salida.

Abandonaron el reservado.

Al final del corredor una escalera de caracol. Distinta a la que nacía junto al guardarropa de la planta baja.

La iluminación del pasillo continuaba mortecina.

Descendieron guiados por el pasamanos.

La escalera de caracol conducía al sótano del edificio. A una parte de él.

Ya antes de alcanzar los últimos peldaños Stephen Holdridge percibió el extraño olor. Una mezcla de perfumes imposible de catalogar.

Descubrieron la sala.

Cuadrangular.

Mesas y divanes rodeando el escenario.

Luces psicodélicas y una electrificante música ultrasónica que allí producía el efecto de una caja de resonancias. El escenario, también rectangular, estaba formado por planchas multicolores que originaban cegadores destellos.

Un juego de luces se proyectaba intermitentemente sobre la sala recorriéndola una y otra vez.

Las mesas ocupadas por hombres y mujeres.

Un individuo con *smoking* blanco acudió al pie de la escalera de caracol.

—Bienvenidos... Llegan a tiempo de presenciar el número fuerte de The Spiral. Síganme, por favor...

Stephen Holdridge y Jennifer fueron tras el individuo bordeando parte de la sala.

Los fogonazos de aquella luz psicodélica iluminaban fugaz y parcialmente el local.

La mesa que les fue ofrecida era una de las más distantes del escenario. Las más cercanas aparecían todas ocupadas.

—¿Desean beber algo?

Holdridge interrogó a la muchacha con la mirada.

Unió su negativa a la de Jennifer.

—No... Nada por el momento.

El individuo se retiró con una leve inclinación de cabeza.

Sobre la mesa una cajetilla de cigarrillos.

Sin marca.

Jennifer hizo ademán de coger uno.

—Mejor fuma de los míos —dijo Holdridge sacando su paquete de «Rothmams»—. Aunque tal vez prefieras probar un «petardo».

—¿Es... droga?

—Seguro. ¿No percibes ese extraño aroma? Cada cigarrillo contiene su correspondiente «toma» de marihuana.

—¿Puedo hablar aquí?

Holdridge asintió con una sonrisa.

—Dudo que tengan micrófonos bajo la mesa. Esta infernal música acallaría nuestras voces. ¿Qué quieres preguntar?

—Estoy realmente confusa. ¿Cómo pueden actuar tan abiertamente? Drogas en los reservados, en la mesa...

—La selección para entrar en esta zona es muy rigurosa. El fulano que nos permitió el paso cometió un error. Se dejó engañar con facilidad.

—¿No habías estado antes aquí?

—Oh, sí... Ciertamente hace unos meses. En aquel entonces el programa especial era en la última planta. Cambian el escenario con frecuencia. Aunque dije la verdad también pude mentir. Fue un error permitimos el paso solo con esa referencia. Es necesario siempre el aval de un cliente de confianza.

—Todo esto es ilegal, Stephen. ¿Por qué no denunciarlo a la policía?

—No seas ingenua, Jennifer. Cuando llegara la policía no encontraría nada. Los reservados con televisión proyectarían filmes

de Tom y Jerry. Y no habría rastro de drogas.

—Aunque por circuito cerrado descubrieran la presencia de la policía no les daría tiempo de desmontarlo todo y ocultar.

—A los pocos segundos de formular la denuncia a la policía — interrumpió Holdridge encendiendo un cigarrillo—, también lo sabrían ellos. Tienen contactos en todas partes. Desde el Departamento de Homicidios a la más insignificante comisaría de distrito. Están bien organizados y protegidos. Puedes ver un ejemplo en aquella mesa. A partir de la columna... la cuarta de la izquierda.

Jennifer entornó los ojos.

La densa atmósfera reinante y los destellos de luz dificultaban la visión.

En la mesa mencionada por Holdridge un hombre de edad madura acariciaba lascivamente a una joven que correspondía hábil y experta a sus deseos.

—¿No le reconoces, Jennifer?

—Pues...

Stephen Holdridge exhaló una bocanada de humo.

Con indiferencia.

—Permanece atenta. Cuando este enloquecedor sistema de luces ilumine aquella zona... Será una fracción de segundo, pero suficiente para distinguir sus facciones.

Jennifer quedó con la mirada fija en el individuo.

Dio un respingo sin poder evitar una exclamación de sorpresa.

—¡No es posible...! Es... es...

—Sí, pequeña. Y hay otros peces gordos en la sala. Tipos ilustres que mañana acudirán con la frente muy alta a sus honorables e importantes despachos oficiales. Ellos velan por la salud moral del país... y ellos protegen con su asistencia, tugurios como The Spiral.

—Pero eso es...

Jennifer enmudeció ante el brusco cese de la música.

En la sala se hizo el silencio.

Los hombres y mujeres que ocupaban las mesas se removieron nerviosamente. Expectantes. Conscientes de que había llegado el gran momento.

Se apagaron todas las luces.

Sólo quedaron los pilotos de señalización que conducían a la escalera de caracol y a los elevadores.

Las multicolores planchas de la pista se iluminaron ahora en un solo tono rojizo.

Un foco se proyectó sobre el escenario.

Surgieron tres personajes.

Dos mujeres y un hombre.

Una de las mujeres tendría unos veinticinco años de edad. Vestía corto chaleco y *short* en piel negra. Con altas botas igualmente de negro cuero.

La otra mujer era muy joven. Una muchacha. De seguro no había alcanzado los dieciocho años de edad. Pelo rubio como el fuego. Una larga cabellera hasta la cintura. Lucía una túnica romana. Iba descalza.

La función comenzó.

El *show* inicial corrió a cargo de las dos mujeres.

Sus cuerpos se contorsionaron bañados por diferentes luces multicolores. Las más variadas pigmentaciones. Intermitentes. Los focos se proyectaban sobre determinadas partes. En las manos ejecutoras de caricias prohibidas, en los rostros jadeantes y sudorosos...

Quedaron desnudas.

Sólo la mujer de mayor edad permaneció con las altas botas de negra piel.

El hombre, hasta entonces mero espectador, avanzó.

Los que imaginaban un «Live-Show» al estilo de Copenhague, Ámsterdam, Hamburgo u otras capitales del porno-espectáculo europeo iban a sufrir una gran sorpresa.

El *show* no culminó con el degradante y soez «*matte swapping*».

Los rectángulos de la luz de la pista se eclipsaron.

Sólo un bermejo foco en toda la sala.

Proyectado sobre el escenario.

Las manos del hombre aparecieron enguantadas. En su diestra un corto látigo de tres tiras de cuero.

La muchacha rubia yacía en el suelo con los brazos en cruz.

Aulló de dolor al recibir el brutal latigazo sobre el pecho. Tres surcos sanguinolentos quedaron dibujados en su piel.

El hombre prosiguió el castigo.

El látigo caía una y otra vez sobre el cuerpo de la joven.

Despiadadamente.

Los gritos de dolor de la muchacha se entremezclaban con el obsceno jadear de la otra mujer.

Los espectadores permanecían tensos.

Disfrutando macabramente el sangriento *show*.

La joven de cabello de fuego se arrastró penosamente por el escenario. Dejando tras de sí un rastro de sangre.

La mujer de las botas negras comenzó a pisotearla. Riendo a carcajadas. Como una endemoniada. Sus botas golpeaban sádicamente el vientre y pecho de la infortunada.

Cesó el castigo.

Súbitamente.

Su desencajado rostro se transfiguró. Quedó iluminado por un amarillento foco. Destacando sus facciones ahora relajadas en una lasciva mueca.

Se inclinó sobre la muchacha.

Comenzó a besar su cuerpo, las sangrantes heridas...

Ávidamente.

Con un entusiasmo digno de la más sedienta de las vampiras.

El hombre, que había quedado momentáneamente fuera de visión, entró de nuevo en escena. Portaba un maletín que abrió ante el expectante público. En su interior refinados instrumentos de tormento medievales, objetos fálicos, figuras satánicas, viscosos líquidos...

—Stephen, por favor —susurró Jennifer con voz apenas audible—. Vámonos...

—Sí. Creo que ya es suficiente. Ahora conoces el... ambiente de los clubs del Comité del Vicio. ¿Esperas poder describirlo en las páginas de un periódico?

Jennifer inclinó la cabeza.

Sin responder.

Abandonaron la sala.

Al subir por la escalera de caracol les llegaron audibles los espeluznantes alaridos de la muchacha rubia. El *show* continuaba.

## CAPÍTULO VII

Oliver Hartford descendió del «Pontiac».

Dos corpulentos grugmen abandonaron también el vehículo quedando solo un individuo frente al volante.

Hartford no acudió a la entrada principal de The Spiral. Encaminó sus pasos hacia la puerta de servicio.

—Esperad aquí.

Los dos guardaespaldas obedecieron.

Oliver Hartford penetró en la casa.

No encontró a nadie custodiando aquella zona, aunque tampoco era necesario. La puerta de servicio contaba con dispositivo de alarma interior y un «ojo mágico» controlaba todo movimiento.

Hartford sabía que sus pasos eran seguidos.

Desde antes de cruzar el umbral de entrada a la casa.

Abrió una de las puertas del corredor.

Aquella amplia estancia podía considerarse como una «sala de control». Diferentes pantallas de televisión en circuito cerrado y sistemas de alarma en las entradas a The Spiral formaban el equipo de vigilancia. En todas las salas del club.

Dos hombres al frente de los aparatos.

—Hola, jefe. No le esperábamos por aquí.

Oliver Hartford rió como una hiena asmática.

«Jefe».

Una palabra agradable al oído. Máxime cuando le catalogaba como dirigente del Comité del Vicio.

Hartford frisaba en los treinta y cinco años de edad. Rostro atractivo. Barba estilo «bearnés» unida al espeso y corto bigote. Vestía con elegancia. Como un sofisticado *playboy*.

—Yo no soy el caduco Robert Hellman. Comprobaré personalmente la marcha de los negocios. No me limitaré a lucir mi sonrisa en The Pagoda. ¿Cómo va la recaudación?

—Una buena noche —respondió uno de los individuos manipulando en los mandos de las pantallas—. En este momento todos los reservados ocupados. Y la «sala especial» a rebosar. Hoy la fiesta es en el sótano. ¿Sabe quién está en el reservado catorce? La señora Cushing.

Oliver Hartford volvió a reír.

Sí.

Como una hiena.

—¡Infiernos...! No me imagino al viejo Blake Cushing babeando con películas porno.

—La señora Cushing no está con Blake Cushing.

Hartford agrandó los ojos.

Acarició pensativo su bien cuidada barba.

—Muy interesante... ¿Quién es su acompañante?

—Un jovencito muy guapo y atildado. Un vulgar *gigoló*.

—Filmad las escenas de ese reservado. Apuesto a que el viejo Cushing, la señora Cushing, o ambos a la vez, están dispuestos a pagar bien por tan comprometedor película.

En una de las pantallas centrales del panel apareció la sala del sótano.

La imagen no se centró en la pista, sino en los espectadores.

Oliver Hartford asintió complacido.

—Ciertamente concurrida.

—El espectáculo es bueno —rió uno de los individuos—, aunque a aquella pareja del fondo no parece gustarle. Deben tener el estómago delicado.

Hartford arqueó las cejas.

Aproximándose a la pantalla.

—¿Puedes acercar la imagen, Curtis?

El llamado Curtis movió afirmativamente la cabeza accionando uno de los mandos.

La imagen apareció enfocada desde otro ángulo.

—¡Maldita sea...!

—¿Qué ocurre, jefe?

—Ese fulano... ¡Ese individuo es Stephen Holdridge!

—¿Holdridge...?

—Un investigador privado. El mejor de California. No me gusta su permanencia aquí. ¿Cómo diablos ha conseguido entrar?

Curtis se encogió de hombros.

—Le recuerdo... Llegó hace unos treinta minutos aproximadamente. Jeff Logan les permitió el paso al elevador. Al verles con el adhesivo accionamos la puerta del espejo. Permanecieron en uno de los reservados y luego pasaron a la sala del sótano. No hemos descubierto nada sospechoso en su conducta.

—Reemplazad a Jeff Logan. Le destinaré a regentar los prostíbulos del peor barrio de San Francisco. Y si algo sale mal por su imprudencia lo pagará con la vida.

Oliver Hartford abandonó furioso la sala.

A grandes zancadas avanzó por el corredor hacia la salida.

Los dos guardaespaldas continuaban junto a la puerta de servicio.

—Una pareja saldrá ahora del club. Un individuo de pelo negro y una muchacha. Seguidles. El hombre es Stephen Holdridge. Quiero hablar con él. Conducirle al *bungalow*.

—¿Con la chica?

—Ella no me interesa. Esperad el momento oportuno. Si Holdridge no acepta la invitación, oblígle.

Los dos individuos se encaminaron hacia el «Pontiac».

Se acomodaron en el asiento trasero.

—¿Y el jefe? —inquirió el hombre situado frente al volante.

—Solicitaré otro auto. Nosotros tenemos trabajo. Ahí salen... Aquella pareja, Sidney.

El conductor fijó su mirada en el espejo retrovisor.

—La del AMX.

—Correcto. No les pierdas de vista.

## CAPÍTULO VIII

Realizaron gran parte del trayecto en silencio.

Ya en el centro de San Francisco, cuando el auto circulaba por la Golden Gate Avenue, Jennifer reanudó la conversación.

—Me parece haber vivido una pesadilla...

Stephen Holdridge sonrió.

Fríamente.

—Lo que has presenciado es insignificante, Jennifer. Los quinientos dólares daban derecho a mucho más. Atracciones más... excitantes en las que el público entra a formar parte. The Spiral proporciona compañía a los individuos solitarios, ofrece emociones fuertes... todo un mundo de degradante vicio que difícilmente se encuentra en los clubs de North Beach. Individuos aparentemente respetables e influyentes buscan en The Spiral satisfacer sus más bajos instintos. Por supuesto no acuden con sus lujosos autos fácilmente reconocibles. La discreción de The Spiral es un arma de dos filos. Más de uno ha sido sometido a chantaje. Las cámaras de televisión juegan en eso un importante papel. Vigilancia... y chantaje.

—Resulta imposible de creer que la policía no pueda terminar con ese antro.

—Hay cientos de ellos en toda la costa californiana. Controlados por el Comité del Vicio. Supongamos que uno de ellos fuera descubierto por la policía. Nada ocurriría. Se cerraría el local o quedaría afectado por una fuerte sanción. Si se descubre también consumo de drogas el director del tugurio, un peón del Comité del Vicio, pagaría las consecuencias. Una temporada en la cárcel que Oliver Hartford y su legión de abogados expertos procuraría que fuera breve y placentera.

—¿Y si yo publico un artículo delatando las... atracciones de The Spiral?

—Si encuentras un director de periódico lo suficientemente loco, cosa que dudo, Oliver Hartford demandaría por difamación a su honorable club. ¿Puedes presentar acaso alguna prueba?

—Lo he visto con mis propios ojos. ¡Al igual que tú!

—Lleva la policía a The Spiral No encontrarán nada delictivo.

Jennifer se mordió el labio inferior.

En un gesto de ira e impotencia que hizo sonreír a Holdridge.

—Hazme caso, pequeña. Sigue con los ecos de sociedad. Eres demasiado bonita para deambular y escribir sobre los antros del Comité del Vicio.

El AMX circulaba ya por Davis Roa.

Frenó a la altura del 1842.

—¿Quieres subir a tomar una copa, Stephen?

—¿Estará tu padre?

—Por supuesto.

—Entonces dejémoslo para mejor ocasión.

La muchacha esbozó una sonrisa.

—No he jugado limpio contigo. Te estoy muy agradecida por complacerme, Stephen. Creía estar ya curtida, pero lo de hoy ha sido una experiencia que jamás olvidaré. Hasta pronto, Stephen.

—Adiós, Jennifer.

La joven se inclinó besando fugazmente los labios de Holdridge. Antes de que éste reaccionara abandonó el auto.

Stephen Holdridge sonrió.

Acarició sus labios.

Como queriendo retener el cálido beso recibido.

Cuando vio a Jennifer introducirse en la casa piso el pedal del gas.

El auto rugió sobre el asfalto.

Realizó un corto trayecto.

En la primera de las bocacalles un «Pontiac» surgió sin respetar la señal de obligado «stop».

Stephen Holdridge tuvo que maniobrar con estridente chirriar de frenos deteniendo el vehículo.

Dos individuos descendieron rápidos del «Pontiac».

Se situaron a ambos lados del AMX.

—¿Stephen Holdridge?

El detective entornó los ojos.

Fijos en la voluminosa cabeza que se inclinaba sobre la abierta ventanilla. Las facciones del individuo eran desagradables. Ojos saltones. Cejas maltrechas. Nariz aplastada...

Era el rostro de un veterano *cácher*.

Duramente castigado en el *ring*.

—Sí, yo soy.

—El señor Hartford quiere verte.

Stephen Holdridge no se inmutó.

Aunque aquello le causaba cierta sorpresa, no fue delatada por sus facciones inexpresivas.

—Ya he hecho demasiada vida nocturna por hoy. Dile a Hartford que mañana me dejaré caer por The Pagoda.

—Te espera ahora —dijo el *cácher* abriendo la portezuela—. En su *bungalow* de Weel Boulevard.

—El *bungalow* del difunto Robert Hellman, ¿eh?

—Correcto.

—Ya lo conozco. Demasiado lujoso. Me causa instintiva envidia. Ocurre también que estoy muy cansado. Ya hablaré con Oliver Hartford cuando lo considere conveniente.

—¿No quieres ir ahora?

—Inteligente muchacho.

—¡Entonces te llevaremos!

El individuo unió la acción a la palabra.

Tendió sus manos para atrapar a Holdridge por las solapas.

Un grave error.

Se había colocado en posición óptima para recibir el golpe de kinteki.

Y Stephen Holdridge, consumado *karateka*, no desaprovechó aquella gran oportunidad.

Proyectó la rodilla derecha.

Con violencia.

Los ojos saltones del individuo casi se salen de las órbitas. Al principio ni tan siquiera profirió el más leve gemido. Quedó pálido. Con la boca desmesuradamente abierta y las manos en el bajo vientre.

Unos segundos.

Luego sí aulló de dolor.

Retorciéndose por el asfalto.

Stephen Holdridge había girado en el asiento con los pies en alto. Hacia la otra portezuela.

El segundo individuo procedía a abrirla.

Holdridge le ayudó.

Salvajemente.

El brutal patadón proyectó la portezuela contra el individuo sin dar tiempo a esquivar el golpe.

Cayó aparatosamente de espaldas.

Cuando quiso incorporarse ya Stephen Holdridge estaba fuera del vehículo.

No le dio tregua.

Dos violentos y consecutivos puntapiés en la cabeza dejaron inconsciente al individuo.

Quedaba Sidney.

El conductor del «Pontiac».

Al contemplar asombrado la nula eficacia de sus compañeros había descendido del auto en busca de Holdridge. Éste le esperó con fría sonrisa.

Sidney lanzó su puño derecho.

Stephen Holdridge le esquivó con ágil quiebro a la vez que su zurda demostraba nuevamente su valía en karate.

Shofu.

Sidney ladeó la cabeza maquinalmente al recibir el temible golpe en el cuello. Con los ojos en blanco cayó de bruces.

Sin un solo gemido.

Holdridge giró hacia el primero de los atacantes.

Sonrió.

El catcher aún gateaba aullando de dolor con ambas manos en el bajo vientre.

Stephen Holdridge retomó al interior del AMX.

En la solitaria Davis Road nadie había presenciado la fantástica y contundente actuación de Holdridge. En cuestión de segundos se había desembarazado de tres individuos. Tres asalariados del Comité del Vicio.

Stephen Holdridge quedó pensativo frente al volante.

Consultó el digital de su reloj de pulsera.

Decidió complacer a Oliver Hartford.

Sí.

Acudiría al *bungalow* de Hartford, aunque no escoltado por los tres guardaespaldas.

Sin imposiciones.

Ésos eran los métodos de Stephen Holdridge.

## CAPÍTULO IX

El 1012 de Weel Boulevard era sin duda el mejor *bungalow* de la zona residencial de Sherman.

Destacaba poderosamente de los demás.

No sólo por su magnífica construcción, arquitectónico diseño e instalaciones adicionales; sino también por las extraordinarias medidas de seguridad que rodeaban la vivienda.

Stephen Holdridge conocía aquel *bungalow*.

Lo había visitado en un par de ocasiones. Cuando actuaba como policía adscrito a la Sección de Homicidios. En vida de Robert Hellman. Un par de rutinarios interrogatorios al máximo dirigente del Comité del Vicio. Siempre sin resultado positivo. Interrogatorios que a nada conducían.

Una muralla circundaba el recinto.

Con artística alambrada aparentemente inofensiva, pero capaz de electrocutar al insensato que intentara sobrepasarla.

Holdridge detuvo el auto frente a la cerrada puerta metálica.

Hizo sonar el claxon.

A los pocos segundos se abrió una mirilla asomando parcialmente el rostro de un individuo.

Stephen Holdridge descendió del AMX.

—¿Qué quiere?

—Soy Holdridge. Tengo entendido que Oliver Hartford me está esperando.

El individuo no respondió.

La puerta se abrió automáticamente desde el *bungalow*. Y desde allí era observado el visitante mediante sistema de televisión en circuito cerrado. También su voz llegaba a la casa.

Cuatro minutos.

Stephen Holdridge esbozó una sonrisa.

Aquella demora se debía al verle llegar solo. Sin la compañía de

los tres grugmen.

Finalmente la puerta se abrió.

Holdridge retornó al interior del auto.

Al penetrar en el amurallado recinto divisó la caseta del guardián. El asfaltado sendero recorría un bien cuidado jardín de artísticos setos. Concluía dibujando un semicírculo frente al *bungalow*.

Toda la zona iluminada.

La piscina, la pista de tenis, el invernadero...

En el garaje contiguo a la casa aparecían estacionados dos vehículos. Dos lujosos «Cadillac». Un «Fleetwood Limousine» y el «Fleetwood Eldorado».

Stephen Holdridge frenó junto a la casa.

Descendió del auto.

El *bungalow* era de una sola planta. Grandioso. Con amplio porche sostenido por níveas columnas, de mármol.

La puerta de la casa se abrió antes de que Holdridge subiera los dos escalones del porche.

Apareció un individuo de unos treinta años de edad. Facciones extremadamente pálidas. Ojos protegidos por gafas oscuras. Vestía chaqueta de terciopelo color castaño bruñido, jersey cuello cisne y pantalones de lana almizclada.

Sus manos también muy blancas.

Femeninamente cuidadas.

Fijó sus ojos en el recién llegado.

Stephen Holdridge quiso enfrentarse a aquella mirada, pero las gafas de sol evitaban estudiar a su oponente.

—Sígame, por favor El señor Hartford le espera.

Entró en la casa tras los pasos del individuo.

Fue conducido a un lujoso despacho. Pródigo en objetos de arte y pinturas de valor.

Tras la mesa escritorio se encontraba Oliver Hartford.

Tendió su diestra hacia Holdridge asomando a sus labios una sonrisa.

—Celebro que haya aceptado mi invitación, Holdridge. Mis muchachos me telefonearon informando de la entrevista.

Stephen Holdridge ignoró deliberadamente la mano que le era ofrecida.

Se dejó caer en el sillón de piel situado frente a la mesa escritorio.

—Sus... muchachos no me invitaron, Hartford. Trataron de convencerme por la fuerza.

—¿De veras? —Oliver Hartford mantuvo forzosamente la sonrisa. Consciente del desprecio recibido. Se acomodó en el sillón giratorio—. Debe disculparles. Ninguno de ellos pasó de los estudios primarios.

—¿Qué quiere de mí, Hartford?

Stephen Holdridge ladeó la cabeza al oír una puerta cerrarse a su espalda.

El individuo de las gafas oscuras había abandonado el despacho.

Oliver Hartford abrió una tabaquera. El cigarro también fue rechazado por Holdridge.

—Ha sido visto en los salones privados de The Spiral. ¿Qué hacía allí, Holdridge?

Stephen Holdridge sonrió.

Burlón.

—¿Es eso lo que le inquieta? Tranquilo, Hartford. Fui acompañando a una muchacha. Deseaba emociones fuertes y nada mejor que el refinado *show* de The Spiral. No debe sorprenderse de mi presencia allí. No es la primera vez.

—Lo sé. Su anterior estancia en The Spiral fue investigando la vida privada del senador Marton y sus inmediatos colaboradores. Uno de éstos era cliente asiduo del club. Estaba justificada su presencia allí. Ahora ignoro los motivos y me agradaría conocerlos.

—¿No es suficiente motivo el querer contemplar el espectáculo?

—No en hombres como usted.

—Me halaga, Hartford.

Oliver Hartford se incorporó.

Rodeó la mesa escritorio quedando apoyado en una de las esquinas de la tabla.

—Oiga, Holdridge... conozco su trayectoria como investigador privado en California. Es inteligente, astuto y con un valor suicida; aunque no siempre consigue el triunfo por enfrentarse a enemigos demasiado poderosos. Una de sus virtudes es no ocultar el juego al contrario. Luchar abiertamente. ¿Por qué hacer una excepción conmigo? Sé que investigaba algo en The Spiral.

—Estoy sin licencia.

—Apuesto a que eso no le quita el sueño.

Stephen Holdridge se reclinó en el sillón.

Extrajo su cajetilla de «Rothmams».

Parsimoniosamente encendió un cigarrillo.

—*Okay*, Hartford. Las cartas boca arriba. Estoy investigando el atentado al «Boeing». Por mi cuenta.

Hartford palideció.

Instintivamente sus puños se cerraron con fuerza.

—Debí imaginarlo... ¿Qué esperaba encontrar en *The Spiral*? ¿Al bastardo que introdujo la bomba? ¡Maldita sea, Holdridge...! ¡Yo no fui! ¡Nada tuve que ver con el atentado!

—Creí que era el único beneficiado.

—¡Sí, infiernos! La muerte de Robert Hellman me ha proporcionado el mando de la organización. Ambicionaba el cargo durante años. Así lo he manifestado en los interrogatorios del FBI. No era ningún secreto. ¡Pero yo no ordené colocar la bomba en el «Boeing»! ¿Me considera tan estúpido, Holdridge? Tengo al Federal Bureau of Investigation y otros organismos pendientes de mis actos. Esperando cualquier descuido para caer sobre mí. Todo por causa del atentado al «Boeing». Y también me están apretando las clavijas desde Nueva York.

Oliver Hartford se inclinó levemente.

Bajó el tono de su voz.

—Ese hombre... el de las gafas oscuras que le acompañó hasta aquí... Su nombre es Robby Dunaway. Es un enviado del Sindicato. En Nueva York están muy preocupados por la resonancia del trágico accidente. La Mafia quiere al culpable. No les gusta que ese tipo de sucesos involucre a organizaciones controladas por ellos.

Holdridge exhaló una bocanada de humo.

Fingió indiferencia, aunque estaba complacido e interesado por la abierta plática de su interlocutor.

—Tenía al Comité del Vicio como una organización independiente.

—¿Comité del Vicio? Una palabra muy desagradable, Holdridge. La Prensa sensacionalista la utiliza para designar los negocios controlados por nosotros. Negocios legales.

—¿También *The Spiral*?

—¿Puede demostrar lo contrario? —inquirió Hartford con cínica sonrisa—. Dejemos eso. Ciertamente somos independientes; pero existe una especie de pacto secreto. Es algo muy complicado. La verdad es que la Mafia puede hacernos desaparecer con sólo chasquear los dedos. Actualmente mi cabeza y el futuro de la organización están pendientes de un hilo. Robby Dunaway informará a Nueva York. Si resulto sospechoso de haber participado en el atentado al «Boeing» mi pellejo no vale un centavo. Ellos no juzgan el haber eliminado o no a Robert Hellman para ocupar su puesto; sino el procedimiento empleado. Algo que les desacredita.

—¿También a mí me considera estúpido, Hartford? Yo no soy un agente del Federal Bureau of Investigation. No hay que fingir conmigo. Tú eras el único interesado en la desaparición de Hellman. Ordenaste colocar la bomba en el avión.

Oliver Hartford denegó.

Con enérgico movimiento de cabeza.

—De querer eliminar a Robert Hellman hubiera utilizado otro método menos llamativo y sangriento.

—Robert llevaba muchos años al frente del Comité del Vicio. Ya era un hombre acabado, pero gozaba de simpatía entre gran parte de sus hombres. Si Robert aparecía acribillado a balazos en una callejuela de San Francisco tú figurarías sin duda como ejecutor. Lo del «Boeing», más diabólico y monstruoso, dejaba margen a la duda.

Hartford correspondió al tuteo.

—Te equivocas. No soy tan necio como para echarme encima las investigaciones del FBI, de la Mafia...

—También resulta necio hacerme creer que el Comité del Vicio es ajeno a la explosión del «Boeing».

—Yo no he dicho eso.

Stephen Holdridge entornó los ojos.

Inquisitivo.

—Explícate.

—Alguien de la organización pudo desear la muerte de Robert Hellman y colocó la bomba en el «Boeing». Seguro de que yo aparecería como principal sospechoso. Hellman investigaba últimamente ciertas irregularidades en negocios controlados por la organización. Cualquiera de los involucrados pudo actuar por su cuenta.

—¿Puedo saber el motivo del desplazamiento de Robert Hellman a Nueva York?

—Una reunión de altos mandos de la Mafia.

Stephen Holdridge arrojó el cigarrillo sobre el enmoquetado suelo.

Se incorporó.

Con una sonrisa que era desmentida por el acerado brillo de sus ojos.

—También pudo ser la Miaña para controlar personalmente el Comité del Vicio. Eliminando a Robert Hellman mediante una «bubi»<sup>[1]</sup>, tú quedaste como sospechoso número uno. La Mafia justiciera te aplastaría ganando así además la admiración de la opinión pública.

Oliver Hartford profirió una soez maldición.

—Sí... entra en lo posible... No había pensado en esa hipótesis. Escucha, Holdridge. Ambos hemos conversado con las cartas boca arriba. Estás sin licencia y en difícil situación económica, ¿no es cierto? Tu auto es un modelo muy antiguo. ¿Qué me dices de un «Chevrolet Corvette» último modelo? Es tuyo si descubres al culpable del atentado al «Boeing». Junto con un pago adicional de cincuenta mil dólares. ¿Qué respondes?

Holdridge rió ahora más abiertamente.

Desde que estaba sin licencia le llovían ofertas fabulosas.

—Dudo que te interese contratar mis servicios, Hartford. Te llevarían a prisión.

—Yo no soy el culpable.

—Voy a descubrir la verdad, Hartford. Removeré los sucios negocios del Comité del Vicio. No me conformaré con entregar al culpable, sino que aplastaré a tu organización. Limpiaré toda la basura que extiendes por California. Tu gran estercolero desaparecerá. Y tú con él, Hartford. Seas o no el culpable del atentado al avión. Los días del Comité del Vicio están contados.

—¿Te atreves a amenazarme?

Stephen Holdridge se había encaminado hacia la puerta.

Giró para fijar su fría mirada en Hartford.

—No es una amenaza, Oliver; sino una sentencia. Pronto lo comprobarás.

Holdridge abandonó el despacho cerrando tras de sí.

Oliver Hartford quedó en el centro de la estancia.

Con el rostro desencajado en una mueca de ira.

La puerta del despacho se abrió nuevamente para dar paso a Robby Dunaway.

—¿Has oído a ese bastardo? —inquirió Hartford golpeando furioso la mesa escritorio—. ¡Ha amenazado con destruir al Comité del Vicio!

—He oído toda la conversación, Oliver. No has estado muy convincente en tus protestas de inocencia.

Hartford rió en ruidosa carcajada.

—Tú eres el enviado del Sindicato. Con plenos poderes. Adelante, Robby. Demuestra mi culpabilidad en el atentado al «Boeing». Stephen Holdridge me ha abierto los ojos. ¿Por qué no la Mafia?

—No seas ridículo. La Mafia, si deseara desembarazarse de Hellman, utilizaría otros métodos. Mis propios servicios. Yo soy un profesional del crimen, Oliver. Experto en el arte de matar. ¿Por qué causar ciento ochenta y dos víctimas? Ello nos situaría frente al FBI fuertemente presionado por la opinión pública en demanda de castigo para los culpables.

—Correcto. Ésas son también mis razones.

Robby Dunaway se despojó de las gafas oscuras.

Sus ojos eran grises. Casi transparentes. Sin brillo. Carentes de vida. Era como la mirada de un muerto.

Y Oliver Hartford se estremeció ante aquellos ojos fijos en él.

—Consideramos al Comité del Vicio como una... filial de la Mafia. Queremos solucionar el trágico suceso del «Boeing» para limpiar nuestra imagen y que cese el FBI de meter las narices en nuestros asuntos. Estoy aquí para descubrir al culpable o culpables; pero el Comité del Vicio debe seguir sus lucrativas actividades. Ya sabes que la cuota al Sindicato es muy elevada.

—Bajo mi mando se duplicarán las ganancias.

—No lo dudo, Oliver. Eres más inteligente y astuto que el viejo Hellman. ¿Qué me dices di investigador privado?

—¿Holdridge?

—No le menosprecies, Oliver, Ha estado próximo a derribar al senador Marton.

—Lo sé. Es peligroso...

—¿Permites que me encargue de él?

Hartford sonrió.

—Por supuesto.

—No será necesario matarle. Al menos por el momento...

—¿Qué piensas hacer, Robby?

Dunaway volvió a ajustarse los lentes.

A su pálido rostro asomó una sonrisa.

No contestó.

Aquella demoníaca sonrisa era toda una respuesta.

Stephen Holdridge estacionó el AMX en el *parking* del edificio.

Allí tomó el elevador que le condujo hasta la planta donde se hallaba su apartamento.

Con un cigarrillo en los labios avanzó por el corredor. Cansinamente.

De uno de los bolsillos extrajo el llavero.

Penetró en el apartamento.

Acudió directamente al salón para servirse un largo vaso de *whisky*. Acto seguido pasó al dormitorio. El vaso de *whisky* quedó sobre la mesa de noche. Se despojó de la chaqueta.

Stephen Holdridge cruzó al contiguo cuarto de aseo abriendo ambos grifos de la bañera.

Un relajante baño antes de dormir culminaría aquella animada noche.

Retornó al dormitorio.

Aplastó el cigarrillo en el cenicero terminando el *whisky* que quedaba en el vaso.

Fue al armario en busca de una toalla de baño.

El mueble era grande.

Ocupando la totalidad de una de las paredes de la estancia.

De una sola puerta deslizante.

Stephen Holdridge abrió el armario.

No pudo evitar un grito.

Aquello cayó pesadamente sobre él.

Como un saco de cemento.

Holdridge lo sujetó instintivamente entre sus brazos. Durante una fracción de segundo. A la exclamación de asombro y terror siguió un mecánico e involuntario retroceso.

El cuerpo sí cayó ahora al suelo.

Con macabro sonido.

El cuerpo de una muchacha rubia. Totalmente desnuda. En el pecho, vientre y muslos aparecían verdosos trazos. Huellas recientes de haber sido azotada con un látigo. También en sus senos diminutos círculos originados por quemaduras de cigarros.

Tenía los ojos abiertos.

Desmesuradamente abiertos...

Stephen Holdridge la reconoció.

Era la joven rubia del porno-*show* de The Spiral.

La bella y sensual muchacha del cabello de fuego.

Ahora era un bonito cadáver.

## CAPÍTULO X

Alfred Kellet.

Teniente del Departamento de Homicidios.

Uno de los hombres que más influyeron para que Stephen Holdridge fuera expulsado de la policía.

—Tenía que ocurrir, ¿verdad, Stephen? Tarde o temprano. Yo lo comprendo. Te conozco. Has estado bajo mis órdenes. Apuesto que no querías hacerlo, pero se te fue la mano.

Holdridge no respondió.

Se limitó a dirigir al teniente Kellet una despectiva mirada.

Estaban en el salón del apartamento.

Los de dactiloscopia y el forense seguían en el dormitorio. Ya se tenía autorización para el levantamiento del cadáver.

Habían adelantado sus primeras impresiones. Todas las huellas encontradas pertenecientes a Stephen Holdridge. La víctima llevaba muerta no más de tres horas.

—¿Quién era ella, Stephen?

Holdridge encendió un cigarrillo.

—Lo ignoro. Ya se lo he dicho, teniente. Actuó esta misma noche en un porno-*show* de The Spiral. Un espectáculo sádico-erótico. La muchacha recibió un duro castigo. Yo abandoné el local antes de que terminara el número.

—Y te entrevistaste con Oliver Hartford.

—Eso es.

El teniente Alfred Kellet sonrió.

En desagradable mueca.

—Ya tengo respuesta del agente que envié al *bungalow* de Hartford. Esta noche no ha recibido visita alguna. Ignora quién eres.

Holdridge no se sorprendió.

Sospechaba el macabro juego de Hartford.

Un cadáver en su apartamento. Dificultades con la policía.

Explicaciones poco convincentes... y apartarle de sus investigaciones en torno al Comité del Vicio.

—Apuesto a que tampoco han encontrado nada en The Spiral.

—El local ya estaba cerrado al público, Stephen. Pronto amanecerá. El director del club se mostró muy amable. Mostró a mis hombres fotografías de todos cuantos actuaron en la noche. Ninguna muchacha rubia. Permitió, incluso sin mandamiento judicial, echar un vistazo por el local.

—Todo correcto.

—Ahá.

—Oiga, teniente... hemos combatido juntos contra las actividades del Comité del Vicio. En tiempos de Robert Hellman. Infinidad de denuncias contra sus tugurios; pero en el momento de presentarnos en ellos nada ilegal. En The Spiral...

—Conozco bien lo que ocurre en ese antro —interrumpió Alfred Kellet secamente—. Y también imagino tú presencia allí. Investigando por cuenta de algún cliente. Actuando sin licencia. Esta muchacha participó en el porno-*show*. Quedaste citado con ella para sonsacarle algo. Se te fue la mano en el... interrogatorio y acabaste con ella. Tiene el cuello roto, Stephen. Un brutal golpe de karate. Los demás golpes, latigazos y quemaduras de su cuerpo no le hubieran ocasionado la muerte. Había recubierto su piel con una crema que amortiguaba el castigo del escenario. Es norma en artistas de porno-masochismo. Un golpe en el cuello si puede ser mortal. Tú eres un perfecto karateca, ¿verdad, Stephen?

—¡Al infierno contigo, Alfred! —exclamó Holdridge súbitamente a la vez que arrojaba furioso el cigarrillo—. Crees tenerme en tus manos. Lo que siempre has deseado. No te resultó suficiente el hacerme la vida imposible en el Departamento de Homicidios hasta lograr mi expulsión. Me perseguiste implacable durante mi trabajo como investigador privado. Pendiente del menor fallo para retirarme la licencia. ¡Eres un repugnante hijo de furcia sifilítica!

Alfred Kellet enrojeció.

Se controló con dificultad.

El insulto de Holdridge resonó en todo el apartamento.

Incluso dos agentes de paisano se aproximaron procedentes del dormitorio.

—¿Ocurre algo, teniente? —inquirió uno de ellos.

Kellet forzó una sonrisa.

—Nada, muchacho. Nuestro viejo amigo Stephen se encuentra algo nervioso. En el Departamento le calmaremos. Conoces tus derechos, ¿verdad, Stephen?

—No puedes acusarme de nada, Alfred.

—¿Eso crees?

—De ser yo el asesino de esa joven no hubiera telefoneado al Departamento de Homicidios, denunciando el hecho.

—¿Por qué no? La muchacha estaba aquí contigo. Llegó por su propia voluntad. Intimaste con ella. Primero una escena amorosa, la propuesta de pagar por la información... pero ella se niega a revelar datos comprometedores. Tú te enfureces. No es la primera vez. Tus métodos violentos son conocidos sobradamente. Un mal golpe en el cuello y la chica muere. ¿Qué hacer ahora? Sacar el cadáver de un edificio habitado resulta difícil. Es preferible fingir inocencia y denunciar el asesinato a la Policía. No tienes coartada, Stephen.

—Jennifer McGowran.

—Estamos investigando eso, aunque tú mismo has afirmado que Jennifer McGowran salió contigo de The Spiral antes de que terminara el espectáculo. La llevaste a su casa. ¿Y luego, Stephen? Esa visita a Oliver.

Hartford ha sido desmentida por él mismo. Justamente en ese intervalo de tiempo fue asesinada la muchacha.

—¿Qué me dices de sus ropas? ¿Se presentó acaso desnuda?

—Las encontraremos, Stephen. Ahora en marcha. En el Departamento firmarás tu declaración. Puedes ir pensando en un buen abogado. Lo vas a necesitar.

## CAPÍTULO XI

Alfred Kellet no pudo evitar una mueca de desagrado al descubrir al individuo acomodado tras la mesa de su despacho.

—¿Qué hace aquí, Nolan?

Mark Nolan se incorporó.

Frisaba en los cuarenta años de edad. Facciones angulosas. Sus movimientos eran ágiles y felinos.

Su cargo, el de SAC<sup>[2]</sup> del Federal Bureau of Investigation para la metrópoli de San Francisco.

—Hola, Kellet. He acompañado a su agente en el interrogatorio a Jennifer McGowran.

—¿Por qué? —inquirió el teniente molesto.

—Ya conoce las órdenes. Todo suceso relacionado con Oliver Hartford o su Comité del Vicio es jurisdicción del FBI.

—He detenido a Stephen Holdridge como presunto culpable del asesinato de la muchacha.

Mark Nolan tomó un papel de la mesa escritorio.

—Pamela Garner. Diecisiete años de edad. Domiciliada en el 479 de Blair Road. En compañía de un hermano menor. Sin más familia. Pamela era empleada en un supermercado de Barrio Wolf. A muy poca distancia de The Spiral Por las noches se dedicaba a representar el porno-*show* del club.

—¿Cree en la palabra de Holdridge?

—Corroborada por Jennifer McGowran. Punto por punto. La señorita McGowran insistió en visitar uno de los tugurios del Comité del Vicio. Holdridge la llevó a The Spiral. Permanecieron en uno de los reservados clandestinos, presenciaron parte del espectáculo... Su declaración coincide con la de Holdridge.

—¿A qué hora regresó Jennifer McGowran a su domicilio?

—Alrededor de la una de la madrugada.

—Entre la una y las tres fue asesinada Pamela Garner. Y

Holdridge no tiene coartada. Asegura haber estado en el *bungalow* de Oliver Hartford.

—Y Hartford lo niega.

—Sí.

—No me sorprende —sonrió el agente del FBI—. ¿Dónde tiene a Stephen Holdridge?

—En una de las salas de interrogatorio. Voy a tomarle declaración oficial y formular cargo contra él. Mis hombres siguen en el apartamento. Las ropas de Pamela Garner han desaparecido y...

—No hay cargos contra Holdridge.

Alfred Kellet parpadeó.

Incrédulo.

—¿Cómo dice...? ¡Oiga, Nolan! ¡Éste es un caso del Departamento de Homicidios! Tengo un sospechoso de asesinato. Un hombre que no está vinculado al Comité del Vicio. ¿Por qué tiene que hacerse cargo el FBI del asunto?

—Eleve protesta a sus superiores, Kellet. Yo asumo este caso, Stephen Holdridge quedará ahora mismo en libertad y su apartamento no será precintado. Quiero que sus hombres terminen el registro en el menor tiempo posible.

—Pero...

Dejando al teniente Kellet con la palabra en la boca.

Mark Nolan abandonó el despacho.

Acudió a las denominadas salas de interrogatorio.

Reducidas estancias con una mesa y dos sillas por todo mobiliario.

Stephen Holdridge estaba custodiado por dos individuos.

El agente del FBI penetró en la sala haciendo una seña a los dos hombres para que se retiraran.

Tendió su diestra a Holdridge.

—Soy Mark Nolan, del Federal Bureau of Investigation.

Holdridge, tras unos instantes de indecisión, estrechó la mano del

G-men.

Éste se acomodó en la otra silla.

Quedaron separados por la mesa.

Enfrentando sus miradas.

Mark Nolan esbozó una sonrisa. Le agradaban los hombres que no esquivaban su penetrante mirada.

—Bien, Stephen. Te encuentras en dificultades, pero no te preocupes. Estoy aquí para ayudarte.

—¿A cambio de qué?

Nolan sonrió ahora más abiertamente.

—Creo que nos entenderemos. Ignoro qué buscabas en The Spiral y el motivo de tu visita a Oliver Hartford, pero éste te considera un enemigo. Y los enemigos de Hartford son mis aliados. Está contra ti. Lo demuestra al haber negado tu visita con ánimo de perjudicarte. Te dejaba así sin coartada en la muerte de Pamela Garner.

—¿Ése era el nombre de la joven?

—Sí, Stephen. ¿No lo sabías?

—La vi por primera vez en el porno-*show* de The Spiral. Y horas más tarde en el armario de mi apartamento.

—El Sindicato estuvo involucrado hace algún tiempo en la realización de filmes porno-sádicos en los que la protagonista era en verdad sacrificada Asesinada realmente ante las cámaras. También en los denominados Lucifer-*show* la artista muere en la pista. ¿Crees que Pamela Garner sufrió el golpe mortal en el escenario de The Spiral?

—Abandoné el local antes de que terminara el espectáculo.

—¿Puedes indicarme el nombre de alguno de los clientes?

Stephen Holdridge sonrió.

Fríamente.

—Oh, sí... Seguro. Tipos importantes. Mi palabra contra la de ella. Si en verdad se llegó a un Lucifer-*show* con la muerte de Pamela Garner en el escenario de The Spiral negarán su asistencia al club. Una respuesta afirmativa les convertiría en cómplices de un crimen. No, Nolan. ¿Para qué dar nombres? De nada serviría.

—¿Qué tiene Hartford contra ti?

—Lo ignoro. Tal vez miedo o precaución. Le amenacé con destruir al Comité del Vicio y descubrir al culpable del atentado al «Boeing».

—Ésos son también mis deseos, Stephen. ¿Para quién trabajas?

—Estoy sin licencia.

Los dos hombres enfrentaron nuevamente sus miradas.

—No has respondido a la pregunta, pero no importa —sonrió el agente del FBI—. Oliver Hartford ha cometido un grave error con el asesinato de esa joven. Error que culminó al enviarte el cadáver.

—¿Por qué? La palabra de Jennifer McGowran y la mía sólo pueden asegurar que Pamela Garner actuó en el porno-*show* de The Spiral.

—El Comité del Vicio recluta a muchachas con precarios recursos económicos o marginadas de la sociedad. Son sometidas a aberrantes juegos sexuales y castigos en el escenario. Reciben un buen puñado de dólares y al cabo de unos meses vuelven a realizar la experiencia. Pamela Garner corría con la manutención y cuidados de su hermano menor. Ésta era su cuarta actuación en The Spiral. Espaciada en intervalos de tres meses. Nos lo contó una vieja sirvienta que cuida del pequeño. Tres veces se presentó Pamela en casa con el cuerpo cubierto de golpes y quemaduras.

—Eso demuestra que no hubo *Lucifer-show*.

—Hay algo más, Stephen. Tenemos denuncias de desaparición de muchachas jóvenes y bellas. Con iguales características a las de Pamela. Tres veces con castigos corporales. A la cuarta desaparecen sin dejar rastro. Con Pamela han hecho una excepción. Te dejaron a ti el cadáver. ¿Por qué corrió Hartford ese riesgo?

—Tal vez para hacerme cargar con el asesinato.

—Se compromete él también. No, Stephen. Hay algo más. Juntos podemos descubrirlo y exterminar al Comité del Vicio. Castigar a los culpables del atentado al «Boeing». ¿Aceptas mi colaboración?

—Mi situación no me permite poner condiciones.

—Estás en libertad. Desde ahora mismo. Eso sorprenderá e inquietará a Clive Hartford. Tratará de establecer contacto contigo, y nosotros estaremos al acecho.

Los objetos personales de Holdridge estaban sobre la mesa.

Procedió a recuperarlos distribuyéndolos por los vacíos bolsillos.

—¿Puedo marcharme? Está amaneciendo y me gustaría descansar un par de horas.

—Por supuesto, Stephen. Aún no te permiten entrar en tu apartamento. Lo solucionaré en cuestión de horas. Puedes ir a un hotel.

Holdridge se incorporó.

Minutos más tarde abandonaba el edificio sede del

Departamento de Homicidios de San Francisco.

Una tenue neblina característica de la ciudad acompañaba a la incipiente claridad del nuevo día.

Stephen Holdridge tomó un taxi.

En la Barret Avenue estaba emplazado su despacho de investigador privado. Allí disponía de un mueble-cama, pero no quiso encerrarse en aquella fría soledad.

Tenía otro lugar donde ir.

Al apartamento de Laura.

Su vecina.

La diosa de ébano.

## CAPÍTULO XII

Laura llevó las manos a la espalda para unir el cierre del sujetador.

La pieza de tela no ocultaba totalmente los túrgidos senos que en aquella postura se mostraban erectos y desafiantes.

No.

No consiguió unir el cierre.

Una tercera mano surgió sobre la espalda femenina.

—¡Stephen...!

La muchacha cayó hacia atrás siendo recibida por los brazos de Holdridge.

El sujetador se deslizó terminando sobre la alfombra.

—Por favor, Stephen... Ya llego con retraso al trabajo —protestó Laura sin mucha energía—. Tú aún puedes dormir un poco más. Apenas has descansado un par de horas y...

Laura no pudo seguir hablando.

Sus gordezuelos labios quedaron aprisionados por los de Holdridge.

En un volcánico beso.

Entrelazados.

La joven se zafó con dificultad. Respirando agitada. Con sensual subir y bajar de sus opulentos senos.

Saltó sobre la alfombra recuperando el sujetador y el *slip*. Pasó al cuarto de baño.

Minutos más tarde retornaba luciendo un juvenil vestido.

Tomó un bolso de mano del armario.

—En la cocina encontrarás café instantáneo, mantequilla, mermelada y tostadas.

—Gracias, Laura. Gracias por recibirme de madrugada. Turbé tu sueño y...

—¿Acaso no me recompensaste? —sonrió la mulata con picardía

—. Reconozco que en principio maldije al inoportuno visitante, pero luego...

—Te necesitaba, Laura. De estar solo me hubiera estallado la cabeza.

—Somos amigos, Stephen. Cuídate.

La muchacha abandonó precipitadamente la habitación.

Holdridge alargó su diestra hacia la mesa de noche.

Tomó la cajetilla de tabaco y el encendedor.

Cigarrillos «Fact».

Aunque aborrecía el mentolado llevó un emboquillado a los labios.

Se incorporó del lecho.

Los siguientes quince minutos los dedicó a una ducha fría larga y estimulante.

Procedió a vestirse.

Cuando se disponía a abandonar el apartamento sonó el timbre del teléfono.

Stephen Holdridge dudó.

La llamada sería sin duda para Laura.

Terminó por atrapar el auricular.

—¿Sí?

—¿Stephen Holdridge? —inquirió una voz femenina.

—Hola, Laura. Sigo aquí. ¿Ocurre algo?

—No soy Laura.

Holdridge arqueó las cejas.

Sí.

Aquella voz no era la de Laura.

—¿Quién eres?

—Shirley Hooper. ¿Me conoces?

Shirley Hooper...

La «star» de The Pagoda.

La protegida del difunto Robert Hellman. La reina del Comité del Vicio. La seductora tigresa encumbrada por Hellman.

—Seguro, nena. He babeado en más de una ocasión contemplando tu «*striptease*».

—Voy a ofrecerte algo que te hará babear aún más, Stephen.

—¿De veras?

—Tengo ante mis ojos un maletín, Stephen. Acabo de vaciar la

caja secreta del Comité del Vicio. No había un centavo, pero sí documentos suficientes para aplastar a la organización. Nombres, datos, fechas, operaciones realizadas, sobornos... Todo está aquí, querido. Muy detallado. Distribuidores de drogas, laboratorios clandestinos, nombres de los políticos sobornados... policías... desde el agente patrullero a los altos mandos de la Metropolitan Pólice. Un amplio *dossier* que de llegar al fiscal general encarcelaría de por vida a Oliver Hartford y sus secuaces. Toda la organización del Comité del Vicio se derrumbaría como un castillo de naipes.

Holdridge tragó saliva.

Su diestra aferró con fuerza el auricular.

—¿Qué quieres por el maletín, Shirley?

—Nada. Sólo castigar a Oliver Hartford. Fue él quien ordenó colocar la bomba en el «Boeing» para desembarazarse de Robert Hellman. Y quiero vengar la muerte de Bob.

—¿Dónde puedo verte?

La mujer rió.

—No tan impaciente, querido. El FBI está contigo. Sigue tus pasos. Si este maletín cae en poder del Federal Bureau of Investigation posiblemente no llegue íntegro al fiscal general. Hay algunas manzanas podridas y muchos intereses creados.

—No lo entregaría al FBI, sin antes darlo a conocer a la opinión pública. Tengo un amigo... un periodista de toda confianza.

—Perfecto, Stephen; pero para entrevistarte conmigo tienes que acudir solo. ¿Conseguirás burlar a los G-men?

—Seguro.

—Si veo aparecer tras de ti agente del FBI no habrá trato. No quiero llamar la atención. Hartford aún no se ha percatado del saqueo de la caja secreta, pero no tardará en descubrirlo y lanzará sus perros sobre mí. Robert Hellman confió la combinación y emplazamiento de la caja secreta y Hartford lo sabe. De inmediato sospechará de mí.

—¿Dónde te encuentras ahora, Shirley?

—En una cabina telefónica de la comarcal que conduce a Sarp Park. Antes de llegar a San Bruno encontrarás el Ascott Motel. Cabaña número siete.

—¿Por qué tan lejos?

La carcajada femenina llegó audible a través del micro.

—Estoy cerca del aeropuerto, querido. Y eso es vital para mí. No te demores. Te estaré esperando.

—Shirley...

La mujer cortó la comunicación.

Stephen Holdridge quedó unos instantes con el auricular en la mano.

Lentamente lo depositó sobre el soporte.

Aquella sorprendente llamada y lo extraordinario de la oferta le inquietaba. Podía ser una trampa de Hartford.

Shirley Hooper.

¿Por qué recurrir a él?

¿Cómo diablos le había localizado en el apartamento de Laura?

Había una forma de responder a todas las preguntas.

Acudiendo a la cita.

## CAPÍTULO XIII

Stephen. Holdridge estacionó su AMX frente a un *drugstore* próximo a la *Post Office*.

Penetró en el concurrido establecimiento.

En una de las cabinas telefónicas disco un número. La conversación fue breve.

Ya había descubierto a sus «sombras».

Dos individuos jóvenes. De deportiva vestimenta. Muy distantes a la clásica imagen del

G-men

de telefilme.

Holdridge se encaminó al restaurante en el *self-service*. Seleccionó un par de platos combinados que depositó en el longitudinal mostrador.

Acto seguido acudió al cuarto de servicio.

Y apenas cerrarla puerta inició veloz carrera por el largo corredor que comunicaba con la otra salida.

Se introdujo en el primer elevador que encontró disponible.

Al *parking* subterráneo.

Allí tomó uno de los taxis alineados en el *stop*.

El vehículo abandonó el *drugstore* por una de las múltiples salidas del edificio.

Stephen Holdridge estaba seguro de haber despistado a los dos G-men

que sin duda aún permanecían con la mirada fija en los platos combinados; pero siguió extremando precauciones. Cambió un par de veces más de taxi hasta detenerse frente al establecimiento de *rent a cart*.

Allí ya le esperaba el vehículo contratado telefónicamente.

Firmó los impresos abonando la tarifa correspondiente.

El auto era un «Ford Mustang» coupé dos puertas.

Enfiló hacia San Bruno.

Durante el trayecto rememoró mentalmente las últimas y vertiginosas veinticuatro horas vividas.

Si la historia de ese *dossier* resultaba cierta el Comité del Vicio tenía los días contados.

Holdridge echó en falta su revólver.

En la mesa de noche de su apartamento.

Ni tan siquiera se molestó en averiguar si los sabuesos del teniente Kellet continuaban deambulando por allí.

En una bifurcación de la comarcal a San Bruno estaba el letrero anunciador del Ascott Motel. Y también un añadido que advertía «cerrado por reformas».

Stephen Holdridge se adentró por la bifurcación.

Sin dudar.

Shirley Hooper era una mujer inteligente. Un motel sin servicio proporcionaba seguro e impensable refugio.

A poco más de una milla de circular por el estrecho sendero divisó el motel circundado por frondosos árboles. Las cabañas, independientes entre sí, se agrupaban alrededor de la casa-recepción formando una amplia explanada.

Estaba desierto.

Todas las puertas cerradas y con visibles muestras de abandono.

Frente a una de las cabañas un «Buick Skyhawk».

Frente a la cabaña número siete.

Holdridge descendió del auto.

Quedó unos segundos inmóvil.

En espera de la aparición de Shirley.

Todo en silencio.

Sólo el silbar del viento entre las ramas de los árboles, el sonido de las hojas, el graznar de un cuervo...

Stephen Holdridge se aproximó a la cabaña.

Se percató que la puerta estaba levemente entreabierta.

Empujó la hoja de madera.

La estancia era amplia.

Dormitorio y sala de baño.

Todos los muebles protegidos por cubre-polvos.

Semejando fantasmagóricas figuras de ultratumba.

Y sobre el lecho reposaba Shirley Hooper.

Con los ojos desmesuradamente abiertos. Con las facciones desencajadas en una indescriptible mueca de terror. Con un brutal y sangrante tajo seccionando su yugular...

## CAPÍTULO XIV

Shirley Hooper...

La sex-symbol de las alegres noches de North Beach.

Otro bonito cadáver.

Sobre la mesa de noche, junto al aparato telefónico, estaba el maletín.

Stephen Holdridge lo abrió.

El *dossier*.

Sí.

Shirley no había exagerado en lo más mínimo. Allí había pruebas suficientes para aplastar al Comité del Vicio. Desde el insignificante peón hasta un insalvable «jaque al rey». También figuraban nombres de los corrompidos que se dejaban sobornar por la organización. Nombres, datos, fechas, operaciones...

También el pasaporte de Shirley Hooper y un billete para el vuelo nocturno a México. Para aquella misma noche.

Shirley había emprendido un viaje más largo.

Sin retorno.

Dentro del pasaporte una carta firmada por Shirley. En ella acusaba a Oliver Hartford de colocar la bomba en el «Boeing».

Algo crujió levemente bajo el zapato derecho de Holdridge.

Se inclinó pasando la palma de la mano por el polvoriento suelo. Descubrió unos diminutos cristales. Guardó en un pañuelo el trozo más grande.

Atrapó el auricular.

No le sorprendido oír la señal de comunicación.

Shirley le había telefoneado desde allí.

Disco un número en el dial.

Respondió una voz femenina.

—¿Sí?

—Hola, Jennifer. ¿Está tu padre?

—¡Stephen...! ¿Dónde estás? El FBI me ha interrogado... La joven de The Spiral.

—Sí, Jennifer, lo sé... ¿Está ahí Arthur? Es importante.

—Un momento...

La espera fue breve.

Sonó la inconfundible voz de Arthur McGowran.

—Stephen... voy a machacarte la cabeza. Has involucrado a Jennifer en un sucio asunto y.

—Lo tengo, Arthur.

—¿Cómo?

—Un barril de pólvora que hará saltar por los aires al Comité del Vicio. Quiero que lo publiques todo. Todos los nombres. Absolutamente todos. Te sorprenderá conocer a los corrompidos que se dejaban sobornar e incluso participaban de los beneficios del Comité del Vicio.

—¿Dónde estás ahora, Stephen?

—En el Ascott Motel. En la comarcal a San Bruno. Te esperaré y...

—¿Ocurre algo, Stephen?

Holdridge dejó el auricular sobre la mesa de noche para acudir al ventanal.

Divisó el «Pontiac».

Avanzaba veloz hacia el motel.

En el asiento delantero Robby Dunaway.

Retomó junto al teléfono.

—Arthur han surgido problemas... Hombres de Hartford. Procuraré alejarles de aquí. En la cabaña número siete del motel, en el depósito del agua en el cuarto de baño. Deséame suerte.

—¡Stephen...!

Holdridge colgó el micro ignorando la angustiada llamada de su amigo.

Despojó la lámpara de noche del plástico protector para introducir en la bolsa el contenido del maletín. Fue entonces cuando descubrió al fondo la pequeña automática con cachas de marfil.

Comprobó la munición.

Cinco balas.

Corrió al cuarto de baño introduciendo el envoltorio en el

depósito del agua.

Acudió a la entreabierta puerta.

Seis individuos habían descendido del «Pontiac».

Capitaneados por Robby Dunaway.

Armados.

Dos de ellos con metralletas del nueve.

Stephen Holdridge abrió bruscamente la puerta.

En su diestra la automática. En la mano izquierda el vacío maletín.

—¡Allí! —gritó uno de los individuos a la vez que enfilaba la metralleta.

Holdridge disparó.

El hombre soltó el arma llevándose ambas manos a la cabeza. Se desplomó sin vida.

Los demás individuos centraron el fuego sobre Holdridge, pero éste ya se había ocultado tras la cabaña emprendiendo veloz carrera.

—¡Lleva el maletín! —exclamó Dunaway—. ¡Maldito sea...! ¡Acabad con él!

Holdridge se había parapetado tras un árbol.

Disparó dos veces obligándoles a retroceder en busca de refugio.

Aquella pausa fue aprovechada por Holdridge para cambiar de posición y alcanzar los árboles situados unas yardas más arriba. El bosque se iba haciendo más poblado y agreste.

Escuchó la voz de Robby Dunaway dando instrucciones para rodearle.

Holdridge volvió a correr agazapado.

Alejándose todo lo posible del motel.

Uno de sus seguidores avanzaba con pasmosa rapidez. Saltando de piedra en piedra como una cabra loca.

Pronto cerraría el paso a Holdridge, aunque éste se percató de sus intenciones.

Se detuvo jadeante.

Semi oculto por unos arbustos.

Apuntó cuidadosamente.

Sólo le quedaban dos balas.

Apretó el gatillo cuando el individuo realizaba uno de sus increíbles saltos. Recibió el plomo en el pecho trazando una

grotesca pirueta en el aire para acto seguido rodar por la pendiente.

Stephen Holdridge prosiguió la carrera.

Sin descanso.

Bordeando el montículo llegaría a la comarcal.

Y allí los secuaces de Hartford no se atreverían a disparar.

No fue necesario.

A lo lejos divisó en el aire un helicóptero.

Poco más tarde era visible uno de los ocupantes de la cabina.

Mark Nolan, el SAC del Federal Bureau of Investigation.

## CAPÍTULO XV

Stephen Holdridge se incorporó del sofá al oír el llamador de la puerta. Mientras acudía al *living*, consultó la esfera del reloj.

Aún era demasiado pronto para su concertada cita con Jennifer. Abrió la puerta.

Su visitante era John Silliphant.

—Buenas noches, Holdridge. ¿También hoy soy inoportuno?

—Adelante, señor Silliphant —Holdridge se hizo a un lado—. No me sorprende su visita. Ya le esperaba ayer.

John Silliphant se despojó del sombrero.

Sus ojos protegidos por aquellas gruesas gafas de miope se posaron en Holdridge.

—No acudí antes por no comprometerle, Holdridge. Estaba siendo interrogado por el FBI, por los periodistas. Se ha convertido en un hombre famoso. Incluso se estudia el devolverle la licencia. Podían relacionarle conmigo y sospechar que trabajaba para mí. Ayer leí el reportaje de Arthur McGowran. Fabuloso. También el FBI está realizando ahora un buen trabajo desmantelando todo el imperio del Comité del Vicio. Todo ha sido descubierto. Caerán importantes cabezas. Sé que ha corrido graves peligros en esta misión, Holdridge. En las declaraciones de ese tal Robby Dunaway afirmaba tener planes para desembarazarse de usted y...

—¿Un *whisky*?

—¿Cómo...? Ah, no... No me han consultado del Banco, Holdridge. Creí que ya había intentado cobrar el cheque del millón de dólares.

Holdridge sonrió fríamente.

—Jamás cobro por un trabajo no realizado.

—¿Qué quiere decir?

—Oliver Hartford y su Comité del Vicio han sido exterminados. Pagarán por sus crímenes, pero no por el atentado al «Boeing». No

hay pruebas de eso. Oliver Hartford lo niega una y otra vez.

—Está la carta de Shirley Hooper. La prensa...

—El FBI sigue investigando ahí, Silliphant. ¿Quién mató a Shirley? No fueron los hombres de Hartford. Ellos se hubieran llevado el maletín junto con la comprometedor carta.

—Se demuestre o no la culpabilidad de Hartford en el atentado poco importa. Terminará el resto de sus días en una prisión.

—Ése era su deseo, ¿verdad?

—Sí.

—Ha llevado demasiado lejos su deseo de venganza, Silliphant. Para castigar a Oliver Hartford ha cometido dos monstruosos crímenes Situándose así a su mismo nivel.

—¿Se ha vuelto loco? ¿De qué está hablando?

Stephen Holdridge extrajo un doblado pañuelo del bolsillo.

Lo extendió sobre la mesa del salón mostrando un diminuto cristal.

—¿Sabe qué es esto, Silliphant? Un trozo de cristal de una lente con dioptrías. Lo he analizado. Encontré el cristal en la cabaña donde asesinaron a Shirley. Ella se resistió, ¿no es cierto? En la lucha rompió sus lentes. Fue usted quien me proporcionó el póquer para aniquilar al Comité del Vicio.

Silliphant sonrió.

En extraña mueca.

—No voy a negarlo Quiero que alguien conozca mi trabajo. Sí... Yo lo estudié todo desde el primer movimiento. Consciente que desde la legalidad era imposible acabar con el Comité del Vicio. Primero necesitaba un hombre inteligente y discreto. Alguien con quien nadie se relacionara.

—Un detective sin licencia.

—Correcto, Holdridge. Por su difícil situación no revelaría que trabajaba para mí. Tenía además una segunda ventaja. Su amistad con Arthur McGowran. Era necesario que las pruebas conseguidas fueran dadas a un periodista íntegro. Desde el primer momento seguí sus pasos. En The Spiral se me ocurrió acelerar los acontecimientos. Yo maté a Pamela Garner en su apartamento, Holdridge. Aquí mismo. La convencí fácilmente para que me acompañara. Me confundió con uno de esos pervertidos sexuales. Aquí la maté... Para no comprometerle mucho me llevé las ropas de

Pamela. Aquello sorprendería a la policía. También deseaba la intervención del FBI. Todos centrados contra el Comité del Vicio. Sin embargo no se actuó contra Hartford. No había pruebas pese a su palabra y la de la joven que le acompañó al club. Entonces pensé en Shirley Hooper. La reina del Comité del Vicio. Fui a esperarla a su salida de The Pagoda. Discretamente. Me presenté con un maletín conteniendo un millón de dólares en billetes pequeños. Aquello a cambio de pruebas comprometedoras contra Hartford y la organización. Shirley no dudó. Desde la muerte de Robert Hellman su posición en la organización no era tan brillante. La cité en el Ascott Motel para efectuar el trato.

—¿Por qué la mató si ya tenía las pruebas contra Hartford?

Silliphant agrandó los ojos.

Contempló perplejo a Holdridge.

—¿No lo comprende? Shirley era de la organización. Ella también tenía que ser castigada. Todos tenían que pagar por la muerte de mi pequeña Joanna... Sí, Holdridge... la maté... seccioné su yugular... su sangre era viscosa... sucia...

—Esa carta de Shirley culpando a Hartford de colocar la bomba... ¿la obligó?

—¿Obligarla? Shirley hacía cualquier cosa por conseguir el millón de dólares. Negó saber quién colocó la bomba en el «Boeing», pero consideraba a Hartford capaz de eso y mucho más.

—Oliver Hartford lo sigue negando.

—Por supuesto. Sus actividades al frente de la organización, aún con buenos abogados, le llevarán de por vida a prisión. Confesar su participación en el atentado le conduciría a la cámara de gas. ¿Olvida que la pena de muerte ha sido nuevamente implantada? Tal vez sea mejor así. Saber que Hartford se pudre día a día... sin esperanza.

—¿Y ahora, Silliphant? ¿Qué va a hacer conmigo?

El rostro de Silliphant se transfiguró.

Sus ojos de miope se entornaron.

—Lo lamento, Holdridge. Cuando los hombres de Hartford dieron con la pista de Shirley hubiera sido preferible morir en el tiroteo. Usted es un hombre demasiado honrado e insobornable. No aceptaría el millón de dólares por su silencio. ¿Me equivoco?

—No, Silliphant. Ya le he dicho antes que le esperaba. Sospeché

de usted al analizar el cristal. Y también al ser localizado por Shirley en el apartamento de Laura.

—Eso fue fácil. Yo seguía sus pasos. Al salir del Departamento de Homicidios le vi encaminarse al edificio donde se emplaza su apartamento. Lógicamente podía pernoctar aquí dado que se encontraba bajo control de la policía. ¿Dónde? Entonces recordé a su vecina. El recepcionista me proporcionó nombre y teléfono. Yo dicté la conversación que Shirley mantuvo con usted.

—Sí, Silliphant... me ofreció todo en bandeja. Lástima que para ello tuviera que matar y convertirse en un asesino.

—¿Asesino? Fui verdugo, Holdridge. Era justicia. Ellos... ellos mataron a mi pequeña Joanna... la niña de los ojos azules y sonrisa alegre... ellos me la arrebataron.

En ese momento sonó el timbre del teléfono.

Stephen Holdridge alargó la mano hacia la mesa atrapando el auricular.

—¿Sí...? Hola, Arthur...

John Silliphant había llevado su diestra al bolsillo interior de la chaqueta.

Extrajo un revólver.

El negro cañón del arma apuntó a la cabeza de Holdridge. Éste se percató de ello, aunque permaneció impasible.

—¿Estás seguro. Arthur? Gracias por llamarme... Hasta pronto... Colgó el micro.

El rostro de Holdridge estaba ahora mortalmente pálido.

—Está pálido, Holdridge. Creí que los hombres como usted no tenían miedo a la muerte.

—Silliphant... era el periodista Arthur McGowran. Me ha comunicado una noticia recién recibida por los teletipos. ¿Recuerda la llamada anónima de Los Ángeles acusando a Hartford del atentado al «Boeing»?

—Sí. Algún miembro de la organización deseoso de acabar con Hartford, ¿no?

—Se equivoca, Silliphant... Todos estábamos equivocados. Había alguien más en la oscuridad. Un tal Ronald Hough. Si comprueba la lista de víctimas del «Boeing» encontrará una mujer llamada Eleonor Hough. Era su esposa. Ese Ronald Hough ha confesado ser el autor de la llamada y también de haber fabricado

la bomba casera que introdujo en la maleta de su mujer.

—Miente... trata de engañarme.

—No, Silliphant... Es la verdad... Ese hombre ha reconstruido para la policía de Los Ángeles la bomba... coincide con los restos de explosivo hallados por los técnicos... Ha confesado lo hizo para cobrar una póliza de seguro de diez mil dólares... Diez mil dólares por ciento ochenta y dos vidas humanas...

Silliphant comenzó a temblar.

Pálido.

—Dios mío... Dios mío... Yo... Esas muchachas... Pamela y Shirley... Yo... buscaba justicia... castigar a los asesinos de mi pequeña Joanna...

—Ése no es el camino de la justicia, Silliphant.

—Mi pequeña Joanna... Perdóname...

John Silliphant soltó el arma. Se despojó de los lentes. Sus ojos nublados sin contener las lágrimas.

—Stephen... ¿quiere marcar el número de la policía, por favor?

—Sí, señor Silliphant.

Jennifer coincidió en el apartamento con la salida de John Silliphant escoltado por agentes de policía dirigidos por el teniente Kellet.

—¿Qué ha ocurrido, Stephen? Ese hombre era John Silliphant. ¡El magnate!

—Ahá.

—¿Iba detenido? ¿Por qué?

—Oye, nena... Te he invitado a cenar. Necesito descansar la mente. Llevo dos días de interrogatorio y deseo olvidar esta triste historia.

—¿Triste? ¡Has exterminado al Comité del Vicio!

—Antes de un mes el Sindicato habrá formado una nueva cadena en California. Y la lucha volverá a empezar.

Jennifer le echó los brazos al cuello.

Se apretó contra él.

Se movió sensualmente ofreciendo sus entreabiertos labios.

Fue un beso volcánico.

Apasionado.

Marcadamente sexual.

Algo que hizo alterar en grado sumo al impasible Holdridge.

—Me vuelves loco, nena...

—¿De veras?

Los carnosos labios de Jennifer seguían quemándole.

La muchacha había bajado el cierre del vestido.

Stephen Holdridge empezó a comprender.

Jennifer, la avispada aprendiz de periodista, trataba de engatusarle por segunda vez en demanda de información.

Y Holdridge cedería.

Los argumentos de Jennifer eran demasiado poderosos.

FIN



**DESDE AHORA**  
**EDITORIAL BRUGUERA, S.A.**  
publica en calidad de  
**NOVEDAD EXCLUSIVA**  
en sus series

**CENTAURO y  
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones  
de las obras de

**M. L. ESTEFANIA**

el autor mundialmente famoso  
que a través de sus relatos  
llenos de fuerza y colorido,  
ha sabido prestar nueva vida  
a los esforzados personajes  
que forjaron la leyenda del  
viejo y salvaje Oeste.



**APARICION SEMANAL**  
**ASEGURE LA RESERVA**  
**DE SU EJEMPLAR**

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**  
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

**PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.**



## NOTAS

[1] bomba de tiempo casera en el argot de la Mafia. < <

[2] Agente Especial Encargado. < <